



Agustín Moreto

Lo que puede la aprehensión

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Agustín Moreto

Lo que puede la aprehensión

PERSONAS:

FENISA.

LAURA.

FEDERICO ESFORCIA.

EL DUQUE DE MILÁN.

LA DUQUESA DE PARMA.

CARLOS.

CAMILO, criado.

COLMILLO, criado, gracioso.

SILVIA, criada.

UN CAPITÁN.

DAMAS.

CRIADOS.

La escena es en Milán y sus inmediaciones.

Jornada primera

Jardín en el palacio del Duque.

ESCENA I

FENISA, LAURA; aquella con una vihuela en la mano.

FENISA. Toma, Laura, ese instrumento;

que el intentar divertirme

sólo sirve de afligirme;

mejor me está mi tormento:
que cuando de un mal cruel
defiende un pecho la ofensa,
mal lograda la defensa,
atormentan ella y él.

LAURA. Fenisa, señora mía,
¿qué pesar puedes temer,
que te llegue a entristecer
con tan pesada porfía?
¿Para tan grande rigor,
no dispensa en tu beldad
ni el estado ni la edad?

FENISA. No hay edad para el amor,
porque la voluntad es
la potencia que primero
usa el hombre, y más entero
usa el discurso después.
Y como haya en tierna edad
voluntad, esta pasión,
cuando es poca la razón,
lleva más la voluntad.

LAURA. Si es del Duque ese cuidado,
¿por qué nunca esta afición
pasó en ti de inclinación?

FENISA. ¡Ay afecto mal logrado!

LAURA. Pues, Señora, ¿tú conmigo
recatas ese rigor?

FENISA. Quiero tanto a mi dolor,
que no le parto contigo.

LAURA. Pues si de tus gustos antes
parte me dabas igual,
¿por qué la niegas del mal?

FENISA. Eso tienen los amantes,
y es una cosa bien rara
en que he hecho ponderación;
pues en cualquiera ocasión,
si tu atención lo repara,
verás que cuenta más bien
el que está herido de amor
la ventura y el favor
que la pena y el desdén;
y de acción tan desigual
buscar la causa he querido,
y en mi propia he conocido
que es efecto natural.

El favor, la suerte buena
ensanchan el corazón,

y con esta inflamación
de gusto el pecho se llena.
El que se halla satisfecho
de aquel bien que amor le aplica,
el gusto que comunica
es lo que sobra del pecho.
Y al contrario, una aflicción,
un dolor que el pecho inquieta,
tanto le oprime y le aprieta,
que se encoge el corazón,
viniéndole a restringir.
Por grande que sea un pesar,
deja en el alma lugar
a otro que pueda venir;
que esta interior galería
del alma, con sus lugares,
no la ocupan mil pesares,
y la llena una alegría.
Ésta es la causa en quien ama
de que uno guarde, otro arroje;
que el pesar él se recoge,
y el contento él se derrama.

LAURA. Pues si le quieres vencer
publica luego su llama;
que lo que no se derrama
es lo que tú has de verter.

FENISA. ¿Tendrás secreto?

LAURA. ¡Ay de mí!

¿Tal está el crédito mío?

FENISA. De tu silencio lo fío.

LAURA. Acaba pues.

FENISA. Oye.

LAURA. Di.

FENISA. Muriendo Francisco Esforcia,
Duque de Milán, su hijo
dejó en tutela a su hermano,
que es hoy mi padre y su tío.
Gobernando sus acciones
siempre mi padre ha vivido
en su palacio, y de suerte,
que el Duque nunca me ha visto;
porque como me crió
de una aldea en el retiro,
cuando me trajo a Milán,
que él me viese nunca quiso.
Fue siempre muy obediente
a su gobierno mi primo

mientras sus años no dieron
posesión a su albedrío;
pero entrando ya en la edad
de los juveniles bríos,
fue su elección desmintiendo
las obediencias de niño.
Conoció mi padre en él
un tan violento capricho
de genio voluntarioso,
que se arrastra de sí mismo.
(Que hay hombres que usan tan mal
de lo libre de su arbitrio,
que parece que en sus obras
fuerza, y no inclina, el destino.)
Para excusar su prudencia
los daños deste peligro.
tratar, por darle sosiego,
de su casamiento quiso;
que una de muchas virtudes
del matrimonio divino,
es que él sólo poner pudo
en las juventudes juicio.
Yo, sin ser vista del Duque,
le he visto en los ejercicios
de caballero, de donde
mi inclinación ha nacido.
Una de las gracias mías
es mi voz, en quien yo libro
de las fatigas del ocio
tal vez el descanso mío;
que en el ocio hay diferencia,
si es buscado o si es preciso:
que si es preciso, es trabajo;
y si es buscado, es alivio.
Cantando pues en las rejas
de aqueste jardín florido
varias veces, una de ellas
me escuchó acaso mi primo.
Arrebatóle mi acento
tanto, que desde allí vino
a repetir cada día
la ocasión, la hora y el sitio.
De mi acento enamorado,
solicitó su cariño
saber el dueño, y logró
fácilmente lo que quiso.
De esta noticia al deseo

de verme hay poco distrito;
mas cuanto él buscó ocasiones,
las recató mi desvío.
Nunca dél me dejé ver,
siendo él de mí tan bien visto.
Y aquí extraño en las mujeres
lo que en todas es estilo:
tan rara naturaleza
la nuestra es, que permitimos
los ojos al que nos mira
sin cuidado ni cariño,
y al que amante los desea
luego se los encubrimos,
aunque inclinadas estemos;
siendo así que era más digno
de verlos quien los desea;
porque parece delito
darlos cuando no es favor,
negarlos cuando es alivio.
Mas cuando el amor lo hace,
es niño y hace lo mismo
que él suele; pues si una cosa
tiene en las manos el niño,
y se la piden, la guarda,
avaro del beneficio;
y cuando no se la piden,
convida con ella él mismo.
Creció el oído a los ojos
cada día el apetito;
que no hay quien se envidie más
que un sentido a otro sentido.
Tanto se inflamó su pecho,
que tal vez llegó a mi oído
de su deseo amoroso
el tercero de un suspiro;
mas yo, cuanto él más amante,
más rebelde. ¡Qué dominio
tan lisonjero en nosotras
es ver los hombres rendidos!
No sé qué modo es el nuestro
de amar, que el amor le hizo
para lisonja y halago
del sugeto que es querido.
Y esto se prueba en los hombres,
pues cuando ellos están finos,
el dar gustos a su dama
son sus mayores alivios.

Mas al contrario, en nosotras
es el halago un castigo
cuando más enamoradas;
pues recatando el cariño,
se compone nuestro gusto
de arrastrarlos y afligirlos,
y resulta nuestra gloria
de estar viendo su martirio.
Mas mi retiro en mi amor
no llevaba este designio,
sino un temor de saber
la condición de mi primo,
y dudar si su deseo
era fineza o capricho,
y no querer exponerse
mi vanidad a un peligro.
Porque yo soy de opinión
que amor perfecto no ha habido,
sino engendrado del trato;
donde el sugeto se ha visto
con todas sus condiciones,
y hayan hecho los sentidos
una información bastante,
con que proponen que es digno
de amor a la voluntad,
y ella entonces, sin peligro
de hallar cosa que la fuerza,
se entrega por el aviso.
Y el amor que de esto nace
es el perfecto y el fino,
y el que sólo con la muerte
puede llegar al olvido.
Porque el que nace de ver
un sugeto tan divino,
que el albedrío arrebatá,
nunca puede ser ni ha sido
más que inclinación violenta,
movidá del apetito.
Y éste, si para lograrse
halla imposible el camino,
crece con tanta violencia,
que equivocan el oficio
del amor fino y perfeto,
sus ansias y sus suspiros;
mas no puede ser amor,
de que es evidente indicio
el que las más veces muere

en el logro del designio.
Y esto nace de dos causas:
una el haber aprehendido
perfección en el sugeto,
que no halló, y esto le hizo
parar a la voluntad;
que siguiera su camino
si hubieran hecho primero
su información los sentidos.
Otra, que apetito sólo
pudo ser, y este delirio,
en llegándose a lograr,
muere luego de sí mismo.
Con que, apetito y amor
y inclinación son distintos:
en que amor hecho del trato
dura a pesar de los siglos;
la inclinación tiene riesgo
de hallar falta que no ha visto;
y el apetito logrado
deja de ser apetito.
Yo pues, temiendo estos riesgos,
empeñé más mi retiro;
y porque yo en mi temor
obrase con más aviso,
determinó mi agudeza
dejarse ver de mi primo
de tal modo y en tal parte,
que no tuviese un indicio
de que era yo la que vía;
por ver si el efeto mismo
hacía mi rostro en sus ojos
que mi voz en sus oídos.
Vióme pues, pero de verme
resultó un desaire mío,
porque en mí no hizo reparo;
y aunque con los ojos fijos
me vio, fue tan sin cuidado
y pasó tan divertido,
que pienso que no llevó
memoria de haberme visto.
Quedé corrida y mortal.
Y el desaire que me hizo
trocara allí mi hermosura
a todo el riesgo temido.
No ha de examinarse un riesgo
por tan costoso camino,

que haber pueda en el examen
más daño que en el peligro.
Las damas con su hermosura
han de tener el estilo
que los hombres con la honra,
que probarla es desatino:
porque al hombre y a la dama
suele suceder lo mismo
que al que teniendo una espada
de estimación por su brío,
o satisfecho o dudoso
de su firmeza, la quiso
probar, y en la necia prueba
la espada pedazos hizo.
En la hermosura y la honra
puede haber el daño mismo,
y no se ha de examinar,
si una es barro y otra es vidrio;
que el examen puede hacer
como en la espada el peligro,
porque a veces el acero
suele quebrarse de fino.
De aquí creció en mi silencio
el recato y el retiro;
y en él discurriendo a veces,
quiso averiguar el juicio
por qué razón mi hermosura
no admiró al Duque, mi primo,
habiendo sido cuidado
de todos cuantos la han visto.
Y hallé que de natural
causa el efecto es preciso;
porque cualquiera a quien entra
el amor por el oído
hace aprehensión de querer
un sugeto que no ha visto,
y ver está deseando;
y con aqueste incentivo
a cualquier mujer que vea,
como no imagine él mismo
que es aquella la que piensa,
la tratará con desvío.
Con que, a ser yo más hermosa,
me hubiera allí sucedido
el descuido del desaire;
y a ser más fea, si indicio
tuviera de que era yo

la que le daba el motivo,
le arrebatara. Y según
le hubiese allí parecido,
o encendiera su deseo,
o apagara su apetito
con este discurso a solas
consolé el desaire mío;
y en este tiempo mi padre,
teniendo ya concluidos
los conciertos de sus bodas,
de que yo no tuve aviso,
las puso en ejecución,
firmadas ya de mi primo.
Por la duquesa de Parma,
Carlos, mi hermano, ha partido,
que es el dueño venturoso
del bien que lloro perdido;
porque lo que fue no más
que inclinación y cariño,
a vista ya de la envidia
de que otra te ha merecido,
si amor no ha podido ser,
se ha convertido en delirio,
en ansias y desconsuelos,
penas, congojas, suspiros
y aunque sé que en no arriesgarme
del Duque al libre capricho,
he andado como discreta,
tanto arrastra mi albedrío
la envidia de verle ajeno,
que sin poder resistirlo,
soy toda de mis pesares,
a pesar de mis avisos.

LAURA. Mucho me admiro, Señora,
de que pudiendo haber sido
tú duquesa de Milán,
declarando tu cariño,
lo hayas tenido secreto;
porque el Duque era preciso
que te amara si te viera,
y con habérselo dicho
a tu padre estaba hecho.
Mas a ti te ha sucedido
lo que a la novia de Olías,
que estándola su marido
diciendo que se acostara
toda la noche, no quiso.

Durmióse el pobre, cansado,
y cuando ella a querer vino
ni a voces ni a golpes pudo
despertar a su marido.

Mas tu padre.

FENISA. Disimula.

ESCENA II.

FEDERICO. - DICHAS.

FEDERICO. ¡Oh Fenisa!

FENISA. Padre mío,

¿qué mandas?

FEDERICO. Que te recojas

al instante a tu retiro,
porque el Duque, como suele,
a divertirse a este sitio
viene agora.

FENISA. Pues, Señor,

¿por qué causa de mi primo
me recatas?

FEDERICO. Es, Fenisa,

fue pues él nunca te ha visto,
como yo a ti te he criado
de la aldea en el retiro,
y cuando a Milán te truje
tenía ya a mi sobrino
casado con la Duquesa
de Parma, yo no he querido
que hasta que venga su esposa
te vea, por el peligro
de su condición violenta.

FENISA. Si ése es, Señor, el motivo,
sea respuesta a tu preceto
mi obediencia. -Ven conmigo.

(Aparte a Laura)

Laura; que a oírme cantar
viene el Duque.

LAURA. ¿Aún no has perdido
la esperanza?

FENISA. No lo sé.

LAURA. Pues si cantas en vacío,
mira que aunque des más voces,
no despertará el marido.

(Vase con Fenisa.)

ESCENA III.

EL DUQUE, CAMILO. - FEDERICO.

DUQUE. Yo he de morir desta pena.

CAMILO. (Aparte al Duque.)

Advierte que Federico
te escucha.

DUQUE. Ya yo lo veo,
mas no puedo más, Camilo.

FEDERICO. Señor, de vuestra tristeza
el dolor es sólo mío,
aunque vuestro el accidente;
pues si por ella es preciso
detener a la Duquesa,
estando ya en el camino,
la causa que le hemos dado
de que aún no está prevenido
el aparato a su entrada,
que de su grandeza es digno,
pasa ya mucho del plazo.

DUQUE. Pues ¿hay más que diferirlo
con causas más aparentes?

(Aparte a Camilo.)

¡Qué cansado está mi tío
con apresurar mis bodas,
cuando yo, a mi amor rendido,
temiendo en ellas mi muerte,
dilatarmas solícito!

CAMILO. (Aparte.)

Según da priesa a la boda,
él parece el novio.

FEDERICO. Arbitrios
le pido yo a vuestra alteza,
porque cuantos yo imagino
tienen gran riesgo.

DUQUE. ¿Qué riesgo?

FEDERICO. Pensar ella que esto ha sido
tibieza en vos.

DUQUE. ¿Qué es tibieza?

FEDERICO. Venir un ángel divino
a ser vuestro, y dilatarlo.

DUQUE. Muriendo yo en mi martirio,
¿no es mi vida lo primero?

FEDERICO. Si, Señor, mas no es ser fino.

DUQUE. ¡Ay tal apretar de boda!

CAMILO. (Aparte al Duque.)

Según usa del oficio,
el viejo parece vieja.

FEDERICO. Señor, yo lo solícito
por vuestro mismo decoro.

DUQUE. Dejadme ya, Federico,

y haced lo que vos quisierais;
que yo no sé de mí mismo.

FEDERICO. Ya me voy. (Ap. ¡Válgame el cielo!

Mil veces me he arrepentido
de tratar el casamiento;
que temo que mi sobrino,
por su condición, nos lleve
a todos a un precipicio.)

(Vase.)

ESCENA IV.

EL DUQUE, CAMILO; luego, FENISA, dentro.

CAMILO. Ya se fue.

DUQUE. Eso deseaba;
que, como vengo a este sitio
a oír el hermoso acento
que idolatran mis oídos,
me daba muerte su estorbo.

CAMILO. En ti, Señor, fue delito
acetar el casamiento,
estando como te miro.

DUQUE. No pensé que a esto llegara
cuando le firmé, Camilo.

CAMILO. Pues ¿por qué no te declaras
en este amor con tu tío?

DUQUE. Porque, como de mis bodas
el empeño suyo ha sido,
no me ha de dar a mi prima,
y temo luego el peligro
de que si yo me declaro,
me la quite del oído.

CAMILO. Pues ¿para qué está en la historia
el ejemplo de Tarquino?

Torna tú la posesión,
que es ternura de marido,
y luego pleitear puedes
la propiedad.

DUQUE. No he podido
verla ni hablarla jamás,
por no dar algún indicio.
Mas tente, que el instrumento
suena, y ésta la hora ha sido
que otros días cantar suele.

CAMILO. Ya tosió, que es el indicio.

FENISA. (Canta dentro.)

Por su perdida esperanza
perlas lloraba la niña,

si perlas vierte, no es sólo
su esperanza la perdida.

CAMILO. Cierto que canta que rabia.

DUQUE. ¿Qué dices?

CAMILO. Que sabe digo,
que rabia.

DUQUE. ¡Hay más dulce acento
para un alma! ¡Hay más hechizo!

CAMILO. Señor, ¿sabes tú si es fea?

DUQUE. Aunque yo no la haya visto,

ya he sabido que es hermosa;

mas quien tal voz ha tenido,

¿qué puede ser sino no ángel?

CAMILO. No digas eso, por Cristo;

que he oido yo voces del cielo,

y luego en su cara he visto

una boca de lamprea

en un rostro salpullido,

con unos ojos de perro

y unas narices de cito.

DUQUE. Oye, que vuelve a cantar.

CAMILO. Que alce la voz un poquito.

FENISA. (Canta dentro.)

Sus pesares solamente

a su silencio los fía,

por no arriesgar con la queja

las vanidades de linda.

DUQUE. Esto es crecer el deseo;

¿qué dices desto, Camilo?

CAMILO. Lo que canta es en latín.

DUQUE. Afectos de amor divinos.

CAMILO. Pues para mí eso está en griego.

DUQUE. Yo he de procurar mi alivio.

viven los cielos sagrados,

que ha de ser el dueño mío

mi prima, aunque la corona

de Milán ponga en peligro.

ESCENA V.

COLMILLO. - DICHOS.

COLMILLO. Dame, Señor, tus plantas,

si aquí a nuevos favores me adelantas.

DUQUE. Colmillo, ¿qué hay? Tú seas bien venido;

¿qué novedad agora te ha traído?

COLMILLO. Albricias me has de dar primeramente.

DUQUE. Yo te las doy.

COLMILLO. Parezcan de presente.

DUQUE. ¿No lo fías de mí?

COLMILLO. Soy escribano,
y el contrato hizo nulo Domiciano
en no pudiendo dar fe de la entrega.

DUQUE. Acaba, di lo que hay.

COLMILLO. Tu esposa llega.

DUQUE. ¡Cielos! ¿Qué escucho? Ya mi mal desprecio

CAMILO. Manda rapar de albricias a este necio.

DUQUE. Pues, ¿cómo ha sido?

COLMILLO. La atención te tomo,
si el cómo saber quieres.

CAMILO. Y es buen cómo.

COLMILLO. Estaba la Duquesa, mi señora,
detenida en Pavía, que ya llora,

porque faltan sus luces; que es, no ignores
como ponerse el sol para las flores.

Viendo alargarse tanto su venida,
y estando de tu amor también herida,
una mañana amaneció tan bella,
que una estrella a su lado, ¿qué es estrella?

La luna, ni aun la luna en su azul velo,
ni los rayos del sol, ni todo el cielo
como ella puede ser, pues si quisiera
competir todo el cielo, le venciera;
porque la luna ya se ve en su frente,
en sus ojos el sol resplandeciente,
estrellas en las luces que desata,
en su tez el zafir tocado en plata.

Y si en esto está igual la competencia,
porque el cielo se rinda a su obediencia,
en el cabello de oro que desgaja,
le lleva vara y media de ventaja.

Y demás de todo esto, tiene un mayo,
que va sirviendo luego de lacayo,
con rosas, azucenas y claveles.

Y tal son de crueles,
que viendo sus dos hojas carmesíes,
al labio han puesto pleito los rubíes;
pero si tú, Señor, su boca hueles,
la sentencia darás a los claveles.

Llamó a mi amo pues esta mañana,
y bañado su rostro en nieve y grana,
le dijo: «Este retiro
más causa tiene, Carlos;» y un suspiro
tan ardiente arrojó, que nos quemara
con él allí si luego no llorara;
mas el fuego en la boca, a sus enojos,

apagó luego el agua de sus ojos.
Pues ¡qué llanto, qué lágrimas tan bellas!
¿Tal vez no has visto al sol llorar estrellas,
y caer en el suelo poco a poco?
No lo habrás visto, pero yo tampoco.
Pues mira tú, si el sol estrellas llora,
¿qué podía llorar tan bella Aurora?
Lágrimas eran, pero ciertamente
que las pudo vender por aguardiente.
Vergonzosa de ver que la miraban,
tal vez cerrando el párpado, quedaban
del aljófar los granos desatados,
en las negras pestañas ensartados:
otras cogiendo el hilo hacia su labio,
entrándose por él, yo imaginaba
que bebía otra vez lo que lloraba;
mas reparé que con primor más sabio,
viendo en ella dos kilos transparentes
se las cuajó la boca para dientes.
Ella en efeto dijo: « Yo resuelvo
ir a ver a mi esposo; luego vuelvo.»
Barajóla mi amo la parada;
porque, si no, en carrera desatada,
la vieras al instante
entrar conmigo aquí de caminante;
que, como es uso ya de la belleza,
con sus alforjas viene en la cabeza.
No pudiendo mi amo contrastarla,
fue forzoso venir a acompañarla;
mas esto mi señor podrá contallo,
que porque él viene, yo a tus plantas callo.
DUQUE. ¡Vive el cielo, Camilo,
que toda el alma en mi pende de un hilo!
CAMILO. Pues, Señor, ¿qué has de hacer?
DUQUE. Desesperarme;
si no es con quien adoro no casarme.

ESCENA VI.

CARLOS. - DICHOS.

CARLOS. Dame, Señor, tu mano.

DUQUE. Carlos, ¿qué es esto?

CARLOS. Dichas que yo gano.

De Colmillo, Señor, habrás sabido

que de secreto viene la Duquesa.

En tal resolución perdón te pido

de lo que el permitirlo me interesa;

porque, después de haberlo resistido,

ella sola, que de esto más me pesa,
venir quiso a saber personalmente
causa de dilación, tan impaciente.
Bien puedes tú juzgar lo que yo haría
para desvanecer tan ciego intento;
mas, como era de fuego, más ardía,
porque para apagarle era yo viento.
Resuelta una mujer que desconfía,
un rayo, Señor, es menos violento.
Ella, en fin, sin que yo lo permitiera,
quiso venirte a ver a la ligera.
En un caballo sube, que figura
era de un cisne, el cual burlando enojos
juego hacia la dócil travesura,
mintiendo a la inquietud libres antojos;
cuello de cisne el cielo a su hermosura
dio, la nieve a la piel, fuego a los ojos;
porque en ella nadase, al labio espuma;
y a las plantas pasó toda la pluma.
Trotando, a la destreza y al decoro
iba ayudando su inquietud traviesa.
No tuvo aljaba Amor ni flechas de oro
hasta que vio a caballo la Duquesa;
y el bruto, como cierto del tesoro,
que en su espalda no oprime lo que pesa,
por instantes los brazos arqueaba
para tirar la flecha que llevaba.
No va el sol los caballos azotando
desde el luciente carro en que los guía,
de tanta luz los montes coronando,
como ella el campo de esplendor vestía.
Tal vez la blanca mano enarbolando
la vaga rienda al aire, parecía
que del cuello del bruto en que la engasta,
la sacaba teñida.

DUQUE. Carlos, basta.

(Vase)

CAMILO. Bien ha quedado.

(Vase.)

ESCENA VII.

CARLOS, COLMILLO.

CARLOS. ¿Qué extrañeza es esta?

COLMILLO. No dirás que no es breve la respuesta.

CARLOS. ¡Válgame el cielo! ¿Qué les esto?

COLMILLO. Estas, Señor, son albricias.

CARLOS. El Duque, cuando pensé

que agradeciese la dicha
de ver tan presto a su esposa,
pues le convida ella misma
con lo que él desear pudo,
¿no me responde? ¿qué enigma
puede ser esta, Colmillo?
COLMILLO. Pues ¿la causa no está vista?

CARLOS. Y ¿cuál es?

COLMILLO. Pues ¿eso dudas?

Lo primero aquí hay malicia.

El Duque se va enojado
de que tú ahora le digas
que viene su esposa ya;
y a esto con ceño y con ira
¿no te ha respondido?

CARLOS. Y pues

¿qué causa en esto imaginas?

COLMILLO. Eso sólo no sé yo;

Que lo demás cosa es vista.

CARLOS. (Aparte.)

¿Qué es esto? ¡Válgame el cielo!
Desde que la luz divina
de la Duquesa miré,
quedé sin alma y sin vida;
y esta pasión condenando
(que aunque es del alma, no es mía)
Tan contra mi corazón
están mis leales iras,
que por sacármele he estado,
y hacerle luego ceniza.

¿Si yo acaso arrebatado
de este poder que me inclina,
le di a entender con los ojos
la llama que dentro ardía?
¿Si la alabé con afecto
de amante? ¿Si mi desdicha
lo publicó? ¿Si yo dije?...
¿Si él lo entendió?... ¿Si sería?...
Mas ¿qué ha de ser? ¿Qué discurro?
¿Mi inclinación resistida
no basta para tormento,
sin que otras dudas me aflijan?
¡Qué propio es en un delito
(que encubre un alma al que mira)
pensar que es cristal su pecho
y por él se le registra!

COLMILLO. Tate, Señor, ya di en ello:

al Duque le enojaría
tu venida de repente,
y él quiso hacer una ida
de ese modo, porque fuesen
de repente ida y venida.

CARLOS. Pues ¿por qué no respondió?

COLMILLO. Eso es fácil.

CARLOS. ¿Qué imaginas?

COLMILLO. Que no quiso responderte.

CARLOS. ¡Ay tal necio!

COLMILLO. Tú tenías
traza de alabar dos años
a la Duquesa de linda,
y estaba ya reventando.

ESCENA VIII.

CAMILO, con un papel. DICHOS.

CAMILO. Carlos, el Duque te envía
este papel.

CARLOS. Y ¿qué manda?

CAMILO. Eso sus letras lo digan.

(Entrega el papel a Carlos y se va.)

CARLOS. (Lee.)

«Primo, con la disculpa que os
pareciere más decente, volveréis a la
Duquesa donde estaba, hasta que con
mejor disposición se le pueda dar a
entender que estoy casado. A señor
que no pide consejo, obedecer es
respuesta.»

Colmillo, ¿no oyes aquesto?

COLMILLO. Eso ya yo lo sabía.

CARLOS. ¿Qué dices?

COLMILLO. Pues ¿no está claro?

¿Era el Duque doncellita
para estarse sin casar
mientras su mujer venía?

CARLOS. ¿Casado el Duque? ¿Qué es esto?

Dos cosas bien exquisitas
me suceden: mi esperanza,
sin poder yo resistirla,
ha abierto puerta en mi pecho;
mi temor tiembla la vista
de la Duquesa. ¿Qué causa,
qué razón, cierta o fingida,
dar podré yo a la Duquesa?
¿Qué la diré que no diga

su desaire? ¿Qué cautela
encubrirá esta malicia?

COLMILLO. Dila que al Duque le están
acabando unas camisas
de boda, y que no es razón
que sin ellas la reciba.

CARLOS. Calla.

COLMILLO. Pues dila que el Duque,
como supo que venía,
le pareció cosa nueva,
y manda volverla aprisa;
que él no quiere a las mujeres
nuevas, sino algo traídas.

CARLOS. Déjame, que estoy sin mí.

COLMILLO. Pues, Señor, rompe las cinchas,
y echa la silla en el suelo.

CARLOS. ¿Qué dices?

COLMILLO. Que aquí se mira
una boca sazónada.

Que la novia peregrina
es el ave, que está ya
tierna, asada y prevenida
con su limón y pimienta;
si tú tienes hambre, tira,
y cómete aquesta polla;
que si no, serás gallina.

CARLOS. ¡Jesús, y qué desatino!

¿Es posible que eso digas?

COLMILLO. Pues ¿se ha de verter el prebe?

Por Dios, que si no te aplicas
con hambre y a mesa puesta
a comer, no tienes tripas.

CARLOS. No digas tal desatino.

Cielos, ¿qué baré en tal desdicha?

ESCENA IX.

FEDERICO. - CARLOS, COLMILLO.

FEDERICO. Carlos, hijo, ¿qué es aquesto?

Pues ¿a qué fue tu venida?

CARLOS. De secreto la Duquesa,
Señor, a Milán venía,
y adelantándome yo
a ganar estas albricias,
me da el Duque esta respuesta.

(Dale el papel)

FEDERICO. Muestra a ver.

COLMILLO. (Aparte.)

¡Qué brava riza
hará el papel en el viejo!
Ya las dos cejas estira,
ya le da por el costado.

FEDERICO. ¡Jesús!

COLMILLO. (Aparte.)

Topó la costilla.

FEDERICO. ¡Casado el Duque! ¿Qué es esto?

Carlos, Carlos, ¿él te envía
este papel?

CARLOS. Sí, Señor.

FEDERICO. ¡Válgame los cielos!

COLMILLO. (Aparte.)

Chispas.

FEDERICO. Bien temió mi corazón
resolución tan indigna;

¡Casado el Duque! ¿con quién?

¡Cielos, perderá la vida!

COLMILLO. Señor, será a media carta.

FEDERICO. Calla tú, nada me digas;
que estoy que pierdo el sentido.

Cuando mi sobrino envía

a Parma por su duquesa,

cuando sus conciertos linna,

cuando mi valor empeña

en casos de tanta estima,

¿A tal Señora desprecia,

su poder desautoriza,

todo su decoro ultraja,

mi valor desacredita;

pierdo yo, por ser su tío,

lo que me ha dado aun la envidia?

¿No hay de Federico Esforcia

más glorias en bronce escritas,

que tiene lenguas la fama,

que el sol luces desafía?

¡Viven los cielos sagrados,

que aunque me cueste la vida,

Milán la ha de ver duquesa;

o sobre tal tiranía

han de ver Milán y el mundo

la más sangrienta desdicha!

Carlos, yo estoy sin sentido;

vete luego, parte aprisa

y detén a la Duquesa,

y nada de esto le digas,

sino temple su cuidado;

que no es cosa tan indigna
para sus oídos. ¿Cómo...
¡Aun pensarlo el juicio quita!
Vete luego a detenerla,
y vuélvase hoy a Pavia,
mientras yo voy con el Duque
a prevenir su venida,
¿Jesús, Jesús, estoy loco!

CARLOS. Señor, lo que intentas mira;
porque el Duque está casado,
y a más empeño caminas.

FEDERICO. ¿Qué es lo que dices, muchacho?
Aqueso es cosa de risa.

CARLOS. No, Señor.

FEDERICO. ¿Qué hablas, rapaz?

CARLOS. Que está casado imagina,
y es cierto.

FEDERICO. ¿El Duque casado?

COLMILLO. Como yo con mi camisa.

FEDERICO. ¿Qué decís? ¡Válgame Dios,
qué cruel empeño sería!

¿Que esto ha hecho este mozuelo
sin seso que le corrija?

¿A tal locura se atreve?

¡Dejadme, que voy sin vida!

CARLOS. ¿Dónde vas?

FEDERICO. ¿Eso preguntas?

A huir de la luz del día,
a que no me vean los hombres,
a que ni aun con sus cenizas
deje memoria quien pasa
tan afrentosa ignominia;
a sepultarme en mí mismo.

¡Válgame Dios, qué desdicha!

CARLOS. Señor, oye.

FEDERICO. ¿Qué me quieres?

CARLOS. Y ¿qué la he de decir?

FEDERICO. Dila

que el Duque quiere... Mas no:
que yo... ¿que sé yo que digas?

Lo que quisieres; que yo
no sé de mí. Parte aprisa.

CARLOS. Voy, Señor.

FEDERICO. Mas oye, Carlos.

CARLOS. ¿Qué mandas?

FEDERICO. Si es que se irrita
con tu voz...

CARLOS. ¿Qué he de hacer?

FEDERICO. Nada.

Ya no sé lo que quería

ni lo que puedo querer.

Vete de aquí, anda, camina.

(Vase.)

COLMILLO. ¿Veslo, Señor? Eso mismo
te he dicho yo que la digas.

CARLOS. Vén, Colmillo; que yo llevo
mi esperanza muerta y viva.

COLMILLO. Pues él no come la dama,
sóplasela tú, marica.

(Vanse.)

Sala de una quinta próxima a Milán, con vistas al campo.

ESCENA X.

LA DUQUESA y SILVIA, de camino.

DUQUESA. Silvia, mucho Cartos tarda.

SILVIA. Te lo parece, Señora.

DUQUESA. Eso tiene quien aguarda,
y es duda que me acobarda,
si él no tarda mucho ahora.

SILVIA. Si ponen de aquí a Milán
tres millas, aun no ha tardado.

DUQUESA. Mis pensamientos están
que unos vienen y otros van
de mi amoroso cuidado.

SILVIA. De estar muy enamorada
das indicios.

DUQUESA. Has presumido

lo cierto, mas no me agrada;

porque estar desconfiada,

principio de amor ha sido.

Un amor que suele ser

tibio y de poca esperanza,

porque aun no ha llegado a arder,

su fuego suele encender

con una desconfianza;

porque si es desconfiar

temor de no ser querida,

quien esto llega a dudar,

ya se ve obligada a amar

por el temor combatida.

Desde que a pisar entré

el estado de Milán,

en mi detención hallé

las dudas, que con mi fe

creciendo iguales están;
y aunque he dicho fe, no sé
si en mi pecho el nombre muda;
fe al amor llamar se ve,
pero no puede ser fe
la que crece con la duda.
Gente parece que viene,
si no engaña mi atención.
SILVIA. De Carlos la traza tiene.
DUQUESA. Mi alegría lo previene.
Bien dices, Sil via;ellos son.

ESCENA XI

CARLOS, COLMILLO. - DICHAS.

CARLOS. (Aparte a Colmillo.)

Temblando llego, Colmillo.

COLMILLO. Pesla tu alma, no tiembles;

Coge coyuntura y corta.

CARLOS. Que tus pies, Señora, bese
me permite.

DUQUESA. Ya los brazos
mi deseo te previenen.

CARLOS. Señora...

DUQUESA. Carlos, ¿qué traes?

Triste parece que vienes.

¿Qué color es esa, Carlos?

COLMILLO. Viene con un accidente,
que no es cosa de sustancia.

DUQUESA. ¿Qué ha sido?

COLMILLO. Ha comido leche,
y habló después con un hombre
que era vinagre muy fuerte,
y eso es lo que le ha hecho mal.

DUQUESA. ¿Qué dices? Pues ¿qué hombre es ese?

COLMILLO. Era el Duque.

CARLOS. Calla, loco.

DUQUESA. Carlos, ¿qué es esto que tienes?

CARLOS. Señora, venir sin gusto
a tu presencia; volverme,
no a que vayas a Milán
sino a que vuelvas.

DUQUESA. Detente.

Si me he de volver, no quiero
saber la causa, no llegue
a ser de suerte el desaire,
que no pueda aunque lo intente.
Las mujeres como yo

no se tratan de esta suerte;
mas ¿qué importa el ser tan grandes
si nos basta el ser mujeres?
De quien las pierde el respeto,
basta el saber que se atreve;
que no van a ganar nada
en saber lo que las pierden.

Con ignorar el agravio
mi pecho dél se defiende,
porque pongo mi noticia
de parte dél en saberle.
Vamos, Carlos, y hasta Parma
nada de esto me reveles;
que no me habrá hecho el agravio,
si le sé, cuando me vengue.

CARLOS. Señora, tú has presumido
un caso muy indecente
y fuera de lo que pasa.

COLMILLO. ¿Qué es fuera? El diablo me lleve
si no dio de medio a medio
en ello.

CARLOS. Villano, tente.

COLMILLO. Si está apuntando su alteza
y acierta el tiro, ¿qué quieres?

CARLOS. Lo que hay, Señora, es que el Duque
está enfermo, y su acciden te
es penoso, y no ha querido
que desairado le vieses,
y hasta que esté bueno, ordena
que en tu retiro le esperes.

DUQUESA. Pues ¿qué tiene?

COLMILLO. Como ahora
tanto las calores crecen,
le aprietan los sabañones.

DUQUESA. Y ¿es ese su mal?

COLMILLO. No es ese,
sino los remedios que hace.

DUQUESA. Si ese es el inconveniente,
aunque lo mande mi esposo,
no quiero yo obedecerle,
porque ya es deuda irle a ver.

CARLOS. No, Señora, no lo intentes;
que él me manda que te vuelvas.

DUQUESA. Bien claramente se infiere
que es su voluntad la enferma.

Carlos, si el achaque es ese,
yo no le he de hacer remedio;

que sé que decirse suele
que el remedio enferma más
en aquestos accidentes.

COLMILLO. (Aparte a Carlos.)

Da una puntada, que ahora
se ha descosido el ribete.

CARLOS. Señora, esa no es la causa.

DUQUESA. Pues ¿cuál, Carlos, serlo puede?

CARLOS. El no haber visto, Señora,

el sol que en vos resplandece,
esas divinas estrellas
que influyen benignamente,
ese esplendor celestial;
que si él acaso le viese,
como quien de haberle visto
tiene el alma, que enmudece,
al mirar que en vos, sin mi...

(Ap. No sé; atrevime y turbéme.)

DUQUESA. ¿Qué decís, Carlos?

COLMILLO. Señora,

quiere decir que el que viene
contigo sabe tu lengua;
que quien la sabe la entiende,
y él quiere entenderte bien;
digo, si tú lo quisieses,
dado caso. - ¿Ahora te turbas,
(Aparte a Carlos.)

simplonazo? Dale y déle.

DUQUESA. (Ap. Ya de dos cosas infiero

mi desprecio: una el tenerme
el Duque en tanto retiro;
otra el ver que este se atreve
a declararme el amor,
que he sabido que me tiene;
porque aunque es primo del Duque,
es vasallo finalmente,
y al vestido de su dueño
nunca el criado se atreve
hasta que ha llegado ya
a saber que no le quiere.

¿Tan mal le está al Duque Parma?

¡Qué buena ocasión me ofrece
de castigarle, y premiar
este cariño la suerte!

Porque sin que mi albedrío
pueda estorbarlo, me debe
Carlos una inclinación,

que es sólo en lo que no tiene
jurisdicción el decoro;
y si, como aquí se infiere,
llego a averiguar que el Duque
por desprecio me detiene,
le he hacer duque de Parma,
para que dello me vengue.)

Carlos, yo he de ver al Duque.

CARLOS. Pues ¿cómo, Señora, puedes?

DUQUESA. Yo he de ver quien me desprecia.

Esto mi pecho resuelve;
mira tú cómo ha de ser.

CARLOS. Imposible me parece.

DUQUESA. ¿No vives tú en su palacio,
y allí a tu padre no tienes
y a tu hermana?

CARLOS. Sí, señora.

DUQUESA. Pues ¿qué dudas o qué temes,
si en tu cuarto, disfrazada,
puedo yo estar hasta verle,
por criada de tu hermana,
que él no puede conocerme?

CARLOS. Es verdad; pero, Señora...

DUQUESA. Esto ha de ser.

CARLOS. Pero advierte...

DUQUESA. Vamos, Carlos.

CARLOS. Que si el Duque...

DUQUESA. No repliques.

CARLOS. Lo supiese...

DUQUESA. ¿Qué te puede hacer?

CARLOS. Culparme.

DUQUESA. Ven, acaba.

CARLOS. Esto lo debe...

DUQUESA. ¿Quién lo debe?

CARLOS. Mi atención.

DUQUESA. Carlos, Carlos, necio eres;
ven conmigo, y no repliques
a mi gusto neciamente;
que un galán no ha de decir
nunca a una dama «que teme»;
y puede ser que te importe
que a ver al Duque me lleves.

(Vase con Silvia.)

ESCENA XXII

CARLOS, COLMILLO.

CARLOS. ¿Qué dices, Colmillo?

COLMILLO. Arroga.
CARLOS. ¿Qué haré?
COLMILLO. ¿Qué? Ir el penitente
donde va el disciplinante.
CARLOS. Si tanta mi dicha fuese,
que me casase con ella.
COLMILLO. ¡Jesús! Gran mal fuera ese.
CARLOS. Pues ¿qué he de hacer yo?
COLMILLO. Paciencia,
y llevarlo buenamente;
que no se ha de ahorcar un hombre
por las cosas que suceden.

Jornada segunda.

Antesala de la habitación de Fenisa en el palacio.

ESCENA I.

EL DUQUE, CAMILO.

CAMILO. Entra, Señor, ponte al paso;
que por aquí ha de volver.

DUQUE. Agora tengo de ver
esta luz con que me abraso.

CAMILO. Industria bien prevenida
fue tentar aquella puerta
que acaso hallamos abierta.

DUQUE. Esa me ha dado la vida,
pues por ella espero ver
este encanto idolatrado.

CAMILO. Ya a su cuarto hemos entrado;
acechar es menester.

DUQUE. Que no se fuese querría
por otra parte.

CAMILO. Eso fuera
si ella el peligro supiera;
mas en esa galería
estaba cantando ahora.
Y por aquí ha de salir.

DUQUE. Viéndola espero vivir;
muéstrame, amor, esta aurora.

CAMILO. Y ¿si fuese fea aquí?

DUQUE. Eso es imposible cosa.

CAMILO. Bien pudiera ser hermosa,
y no darle gusto a ti;
que para el gusto, Señor,
nunca es la dama más bella
la que lo es, sino aquella
que le parece mejor.

Y esto va en la simpatía
que a los humores conviene:
la que más de mi humor tiene,
es la mejor para mía.
No hay perfección que aproveche,
que hay muchos hombres, Señor,
a quien les sabe mejor
abadejo que escabeche.

Esto es cosa averiguada:
yendo un día solo a vellas,
yo entre muchas damas bellas
escogí una corcovada;
y buscando las razones,
vi que era mi inclinación,
porque parecía melón,
y me muero por melones.

DUQUE. No dudo yo esa razón,
que en buena filosofía
puede más la simpatía
que la mayor perfección;
pero bien se ve que ha habido
simpatía en mi cuidado,
pues el alma me ha robado
con la voz por el oído.

CAMILO. Esas son falsas razones,
porque lo que es simpatía
se ve en la fisonomía,
y no en las otras acciones.
Cada día por la calle
¿no se ven damas tapadas
Tan airosas y arriscadas
que arrebatan con el talle?
¡A cuántos ha sucedido
seguirlas con gran cuidado;
ir un pobre enamorado
muy tierno y muy derretido,
y tras arengas extrañas,
cuando aquel sol ver se deja,
encuentra con una vieja,
que es para echar las entrañas!

Y en mí el caso peor fue,
pues seguí una todo un día,
que un serafín parecía,
y una negraza encontré
(que no la esperara un moro)
con tanta geta rasgada,
que parecía cuchillada
de cerviguillo de toro.

DUQUE. Camilo, no te diviertas.

Pasos siento.

CAMILO. Bien lo infieres,
Que hacia aquí vienen mujeres;
cogímoslas entre puertas.
Aquí te has de retirar
para mirarla.

DUQUE. Eso intento.
(Retíranse.)

ESCENA II.

FENISA, LAURA. - DICHOS.

FENISA. ¿Guardaste ya el instrumento?

LAURA. Ya queda donde ha de estar.

DUQUE. (Ap. A Camilo, donde están retirados.)

Camilo, pon la atención,
que es un mismo seraflu.

CAMILO. Será fin, y dará fin
De ti con mucha razón.

DUQUE. Mira si es justo tenelle
el amor que a su voz tengo.

CAMILO. Pues yo al órgano me atengo,
si hubiera de ser su fuelle.

FENISA. Ven adentro; que ya es hora
De tomar el bastidor.

CAMILO. Salte al encuentro, Señor.

DUQUE. Eso quiero hacer. - ¿Señora?
(Presentándose.)

FENISA. (Ap. ¡Qué miro! ¿Válgame el cielo!

¿Cómo es esto? ¿El Duque aquí?)

Gran señor... (Ap. ¡Yo estoy sin mí!

Toda me ha cubierto un hielo.)

DUQUE. ¿Sois vos mi prima?

FENISA. (Ap. Ocasión,
pues no me conoce, ha hallado
de cubrirse mi cuidado.)

No es tanta mi estimación;
su criada soy.

LAURA. No hay duda,

las dos tenemos un ama.

DUQUE. ¿Criada sois?

LAURA. Celia es dama,
y yo, Señor, soy ayuda.

DUQUE. ¿Quién es Celia?

FENISA. Quien quisiera
serviros.

DUQUE. (Aparte.)

Ya esto se erró.

CAMILO. (Aparte.)

La ayuda tomara yo,
como de costa no fuera.

DUQUE. ¿Qué hace mi prima?

FENISA. Señor,
para el caracol ahora
subió a ver a mi señora.

DUQUE. ¿Qué señora?

FENISA. La mayor.

DUQUE. ¿No estaba en la galería
cantando ahora?

FENISA. Allí estaba,
y yo allí la acompañaba;
mas ya se fue.

DUQUE. (Ap. ¡Pena mía,
ya es más vivo tu tormento!)

Camilo, todo se ha errado;
(Aparte a Camilo.)

Yo publiqué mi cuidado,
y no he logrado el intento.

CAMILO. Embiste a esta, pues te encanta;
que esotra acaso es más fea.

DUQUE. ¿Qué importa que hermosa sea,
si no es esta la que canta?

FENISA. (Aparte a Laura)
Laura, ¿no ves que no ha hecho
caso de mí?

LAURA. Es la verdad;
no le agrada tu beldad.

FENISA. (Aparte.)

En ira se abrasa el pecho.

DUQUE. (A Fenisa.)

¿Podéis saber de mi prima
vos un secreto?

FENISA. Yo he sido
quien más favor la ha debido;
soy tan feliz, que me estima
como a sí, y podéis creer

que es otra yo.

LEONOR. ¿Quién? ¿estotra?

No va de la una a la otra
una punta de alfiler.

DUQUE. Luego ¿bien fiaré de vos
un recado que la deis?

FENISA. Con seguridad podéis;
que no hay secreto en las dos.

DUQUE. Pues decid que a una atención
tanto su acento ha debido,
que a un pecho por el oído
le ha robado el corazón.

Y que un alma que en despojos
rinde a su voz el poder,

la está deseando ver

para rendirse a sus ojos;

que en el deseo pintada,

ha logrado esta conquista:

mirad qué hará con la vista

la que mata imaginada.

Y que este ardor y este afán

su primo el Duque le siente,

y ha de poner en su frente

la corona de Milán;

y aunque el mando lo impidiera,

sólo ella ha de ser mi esposa.

FENISA. (Ap. Yo he quedado bien airosa,
pues él me hace su tercera.)

(Aparte a Laura)

Laura, de mí estoy corrida;

este hombre ¿qué pensará?

LAURA. Que eres fea, pues te da
el oficio de entendida.

DUQUE. Que su hermosura dichosa
es la gloria que conquisto.

FENISA. Pues si vos no la habéis visto,
¿cómo sabéis que es hermosa?

DUQUE. La he imaginado en mi idea,
y a ella nada igual ha sido.

FENISA. (Ap. Yo estoy perdiendo el sentido,
y he de creer que soy fea.)

Mirad que hay damas aquí,

y más celebradas que ella.

DUQUE. Ninguna será tan bella
como la que tengo en mí;

nadie te puede igualar

al bien que yo tanto aprecio.

FENISA. (Aparte.)

Si apura mucho este necio,
me tengo de declarar.

DUQUE. Aquella voz delicada
y aquel acento sonoro,
es el dueño que yo adoro;
y sin ella todo es nada;
su voz mis ansias prefieres.

FENISA. (Aparte.)

¿Habrás llegado a ver
desairar a una mujer
con decirle que la quieres?

DUQUE. Logradme esta ansia amorosa
que os pido.

FENISA. No puede ser,
porque he llegado a saber
que hay una dama, y hermosa,
que os quiere bien, y lo errais;
porque es tan de mi señora,
que he de sentir mucho ahora
que no la correspondáis.

DUQUE. Y ¿quién es esa?

CAMILO. (Aparte.)

Esto es gloria.

FENISA. La más estimada es
de mi señora.

DUQUE. Hablad pues.

FENISA. No tenéis mucha memoria.

DUQUE. (Aparte a Colmillo.)

¿Oyes?

COLMILLO. A su ama se iguala.

DUQUE. Y antepone su persona.

CAMILO. Rasco quiere la fregona;
envíala noramala.

DUQUE. (A Fenisa)

Ya yo caigo en quién ha sido
el sujeto de ese amor.

FENISA. Y ¿no os parece, Señor,
muy digno de ser querido?

Que no halla, quien las ve aquí,
diferencia entre las dos.

DUQUE. Decidle a vuestra ama vos
lo que yo os pido por mí;
y a esa dama, aunque me quiera,
decid que, al llegarla a ver,
si la quisiera querer,
no la hiciera yo tercera.

(Vase.)

FENISA. (Aparte.)

¡Sin mí estoy!

CAMILO. (A Fenisa.)

Oye, Señora:

y si desea un buen gozo,
yo me alquilo, y soy buen mozo,
y estoy de vacante ahora.

(Vase.)

ESCENA III

FENISA, LAURA.

FENISA. Laura, ya de injuria tanta
revienta, mi corazón.

LAURA. Señora, él ha hecho aprehensión
de querer a la que canta.

FENISA. Pues ¿por qué, cuando me vió
a mí, me ha de despreciar?

¿Qué puede en mí imaginar,
que no me lo tenga yo?

LAURA. Acaso él te ha imaginado

pelinegra, más cenceña,
pálida o cariaguileña;
y no viendo esto, se ha helado.

Uno que a su dama hablaba
a oscuras, y no la vía,
mirando por celosía,
que era tuerta imaginaba.

Del defecto hizo aprehensión,
y mirándola otro día,
vio que dos ojos tenía
con hermosa perfección.

Desagradóle la cosa,
y dijo por el antojo:
«si usted se sacara un ojo
fuera mucho más hermosa.»

ESCENA IV.

FEDERICO; luego, LA DUQUESA y SILVIA. - DICHAS.

FEDERICO. Fenisa, prevente al punto.

FENISA. ¿Qué es, Señor, lo que me ordenas?

FEDERICO. Que la duquesa de Parma
de una carroza se apea,
donde viene disfrazada;
y yo, porque te prevengas
en lo que has de hacer teniendo
por huésped a tal princesa,

me he adelantado a avisarte.

FENISA. Venga muy enhorabuena.

FEDERICO. Ya entra acá; llégate tú a recibirla a la puerta.

FENISA. Ven, Laura.

LAURA. Vamos, Señora.

(Salen la Duquesa y Silvia.)

FEDERICO. Aquí tiene vuestra alteza una criada en Fenisa.

FENISA. Y por principio merezca vuestra mano.

DUQUESA. De mi pecho digna joya es tal belleza.

FENISA. Muchas albricias me doy de hallaros venir tan buena.

DUQUESA. Y yo a mí muchas envidias de veros a vos tan bella; y porque yo a vuestro cuarto vengo en secreto, y es fuerza que el título de criada me disfrace en él, me alegra que sea tal la señora, que yo parecerlo pueda.

FENISA. ¿Vos criada?

DUQUESA. Sí, Fenisa; que ver al Duque desea mi curiosidad, y quiero verle yo sin que él lo sepa.

FENISA. Pues sabed que me sucede un caso, que aquí creyera que al respeto que yo os debo le previno mi advertencia.

DUQUESA. ¿Qué ha sido?

FENISA. El Duque me oyó cantando ahora a una reja; nunca me ha visto la cara, y deseoso de verla, entró y encontró conmigo. Preguntóme que quién era, yo, excusando el embarazo de una visita tan nueva, dije que criada mía: con que podéis encubierta estar conmigo, y en nombre de lo que es justo que sea; pues vos seréis mi señora, y yo una criada vuestra.

FEDERICO. La atención fue como tuya.

DUQUESA. Muy aguda y muy discreta.

FEDERICO. Dame licencia, Señora,
de ir a disponer que venga
el Duque al jardín, adonde
podrá verle vuestra alteza.

DUQUESA. Id; que bien sustituida
me deja vuestra presencia.

FEDERICO. Voy. (Ap. La Duquesa es un ángel:
no sé cómo la desprecia,
no estando casado, el Duque;
pero todo esto es quimera,
que he de perder yo la vida,
o se ha de casar con ella.)
(Vase.)

ESCENA V.

CARLOS, COLMILLO. - LA DUQUESA, SILVIA, FENISA, LAURA.

CARLOS. A entrar de día en palacio,
aunque con peligro sea,
se atreve la obligación
de mis dichosas finezas,
por no perder, gran Señora,
los logros de mi asistencia.

COLMILLO. Y yo, como soy vigília
de Carlos, por esas ventas
y posadas, detrás dél,
vengo haciendo penitencia.

DUQUESA. ¿Os han visto?

CARLOS. No, Señora

COLMILLO. Si no es unas verduleras;
mas son gente de secreto:
con que dentro de horo y media
lo sabra todo Milán.

DUQUESA. ¿Qué dices?

COLMILLO. En dos tabernas
lo quedan contando ya,
mas lo que se dice en ellas,
como todo lo habla el vino,
en los pellejos se queda.

DUQUESA. Mucho os importa el secreto.

CARLOS. Demás de ser obediencia
para con vos y peligro
para con el Duque, es fuerza
que yo tenga esa atención
por las venturas que espera
mi suerte en vuestro favor;

que si a merecerle llega
mi esperanza...

DUQUESA. Claro está
que es peligro. (Ap. Carlos piensa
que no importa que su hermana
que ha de ser mi esposo sepa;
y hasta ver al Duque, nadie
me conviene que lo entienda.)

CARLOS. El peligro, gran Señora,
no es nada cuando interesa
mi deseo la esperanza.

DUQUESA. Ya lo sé. (Ap. Atajarle es fuerza.)
Carlos, dejadnos a solas;
que el gozar de la belleza
de Fenisa no permite
que a otra atención me divierta.

CARLOS. Lo que ya en la ausencia pierdo,
Cobraré de la obediencia.

COLMILLO. Y ¿yo, me voy?

FENISA. Tú, no importa.

CARLOS. (Aparte a Colmillo.)
¿Colmillo?

COLMILLO. ¿Qué quieres, muela?

CARLOS. Que me guardes los favores
de su vista, pues te quedas.

COLMILLO. Pues déjame aquí un bolsillo,
donde echarlos.

CARLOS. No los pierdas.
(Vase.)

ESCENA VI.

LA DUQUESA, SILVIA, FENISA, LAURA, COLMILLO.

DUQUESA. Mucho, Fenisa, me alaba
vuestro hermano gracias vuestras,
y en particular la voz.

FENISA. Pasión de hermano le lleva,
que eso es para el bastidor.

DUQUESA. Vos me habéis de dar licencia
de no admitiros la excusa.

FENISA. ¡Jesús! - Dame la vihuela,
Laura.

LAURA. Al momento la traigo.
(Vase Laura, y vuelve con la guitarra.)

DUQUESA. (Aparte.)

¡Cortesana es como bella!

FENISA. Esto es para las almohadas.

DUQUESA. Donde vos quisierais sea.

(Sale Laura.)

LAURA. Ya la guitarra está aquí.

COLMILLO. Lo mejor es que no templa
ni hace gestos; que hay algunos
que cuando cantan se quedan
como judío de paso,
y cuando a un pasaje llegan,
le comienzan en la boca
y te acaban en la oreja.

FENISA. (Canta...)

Yo quiero bien,
y este amor de otro se infiere;
que aunque soy yo la que quiere,
no sé a quién.

COLMILLO. Señoras, el Duque.

FENISA. ¡Ay cielos!

No me halle con la vihuela
en la mano perdonad.

(Pone la vihuela en la mano de la Duquesa.)

ESCENA VII.

EL DUQUE. - DICHOS.

DUQUE. (Ap. Esta vez la diligencia
me ha de lograr el deseo.

¡Qué miro! Mi prima es esta.

Bien me dijo la criada
que no es más hermosa que ella;

pero es hermosa, y su voz,
al lado de su belleza,

basta para que mi amor
cobre ahora más violencia.)

Prima y señora, ¿es posible
que yo tan poco os merezca,

que la ventura de veros
queréis que a este hurto la deba?

(Hablan aparte Fenisa y la Duquesa.)

FENISA. Por mí os tiene.

DUQUESA. Ya lo entiendo.

FENISA. Responded por mí.

DUQUESA. Eso es fuerza.

Señor, pues ¿por qué razón
(Al Duque)

pensáis que ser culpa pueda
mi recato? O ¿por qué causa
desea verme vuestra alteza?

FENISA. (Aparte.)

Si él la enamora aquí, es cosa

para que yo el juicio pierda.
DUQUE. La culpa es que de mi dicha
avara es vuestra belleza.

La causa de mi deseo
hasta aquí vuestra voz era,
mas ya lo son vuestros ojos.

DUQUESA. Si la enfermedad es esta
del Duque, no es muy mortal;
mucho me he holgado en saberla.

Carlos ha sido dichoso,
pues ya el desaire me enseña
a hacerle duque de Parma
por castigar esta ofensa.)

¿Qué, en fin, Señor, es mi voz
la que el deseo os despierta?

DUQUE. Hasta aquí fue vuestra voz;
pero ya vuestra belleza.

COLMILLO. (Aparte.)
Eso no puede ser malo,
si enamora a la Duquesa,
teniéndola por su prima.

DUQUESA. Pues ¿qué es, Señor, lo que intenta
vuestro deseo, movido
de mi voz o mi belleza?

DUQUE. Haceros dueño de un alma,
no he dicho bien, que ya es vuestra;
deciroslo, porque vos
toméis posesión en ella.

COLMILLO. (Aparte.)
Por Dios, que es bueno tirar
al higo y dar en la breba.
Yo tengo linda ventana.

DUQUESA. Pues ¿qué intento en eso lleva
vuestro amor, siendo casado?

DUQUE. Yo ¿con quién?

DUQUESA. Con la Duquesa.

DUQUE. Pues ¿no sabéis que por vos
he mandado detenerla?
Vos habéis de ser mi esposa,
si la corona me cuesta.

FENISA. (Aparte a Laura.)
Laura, ¿has visto tal desaire?

COLMILLO. (Aparte.)
¡Bueno es tocar la tercera,
y hacer el son en la prima!

DUQUESA. (Ap. Con tal linaje de ofensa
no sé qué ha de hacer mi pecho,

si en un favor está envuelta.
Sufrir no puedo el enojo,
y soy yo la que desprecia;
pero el favor ¿no es a mí?
Mas disimularlo es fuerza,
pues que tengo la venganza
en mi inclinación resuelta.)
Pues ¿vos acaso sabéis
si soy más hermosa que ella?
DUQUE. Pues ¿cómo puede igualaros?
No es posible.

DUQUESA. (Aparte.)

¡Que me vea
despreciada yo por mí!
Y ¡que haya un hombre que quiera
sin saber a quién!

COLMILLO. (Aparte.)

Esto es
comer grajo en una venta,
y pensar que es palomino.
(Hablan aparte la Duquesa y Fenisa.)

DUQUESA. ¿Fenisa?

FENISA. ¿Qué es lo que intentas?

DUQUESA. Pues por ti el Duque me habla,
¿quieres que le favorezca?

FENISA. ¿Yo, Señora? Habla a tu gusto;
que pues aquí tu belleza
viene a ser la festejada,
quien lo ha de escoger es ella.

DUQUESA. Pues ¿no ves que es por tu voz?

FENISA. Pues ¿qué importa que eso sea,
si está hablando con tus ojos?

DUQUESA. No falta amor donde hay queja;
pues yo hablaré por entrambos.

Señor, vos me dad licencia (Al duque)
de crêr que eso es aprehensión,
hasta que yo de vos sepa
que me preferís a mí,
después de ver la Duquesa.

DUQUE. Eso dadlo ya por visto;
que aunque más hermosa sea,
si le falta vuestra voz,
no es posible que la quiera.

DUQUESA. (Aparte.)

¡Que esto escuche mi hermosura!

FENISA. (Aparte.)

¡Hay más extraña fineza!

¡Que esté despreciando a dos,
y a entrambas las favorezca!

DUQUE. Demás desto, mis criados
la han visto, y según me cuentan
no puede ser como vos.

COLMILLO. Jesús, Señor, no la llega.

DUQUE. ¿No es esto verdad, Colmillo?

COLMILLO. Sí, Señor; que la Duquesa
tiene aquella misma boca,
aquellos ojos y cejas,
aquella frente, aquel pelo,
y todas aquellas señas;
tanto, que aquí me parece
que miro su cara mesma;
mas es mucho más hermosa.

DUQUE. ¿Cuál es más hermosa?

COLMILLO. Aquesta.

DUQUE. Pues ¿eso puede dudarse?

COLMILLO. ¡Jesús! hay gran diferencia,
como comparar un huevo
a una clara y una yema.

DUQUE. Si esa es la duda, Señora,
bien presto vencida queda.

COLMILLO. Diz que la Duquesa es roma,
y tiene un diente hacia fuera.

DUQUE. ¿Quién ha visto eso?

COLMILLO. Colmillo.

DUQUE. Para que yo la aborrezca
es eso, y no para dicho.

DUQUESA. (Aparte.)

Lo mejor desto es, que sea
el Duque algo desairado
mal talle, poca presencia,
¡y que me esté despreciando!

DUQUE. Parece que estáis suspensa;
si eso es duda de mi amor,
no hay razón para tenerla,
sabiendo vos que por vos
he dejado a la Duquesa.

DUQUESA. (Ap. ¡Bueno es alegarme a mí
mi desprecio por fineza!)

Si piensa que eso me obliga,
se ha engañado vuestra alteza
que el mérito de mi voz
de mi hermosura es ofensa.

Ayer estaba casado
con una dama tan bella

como la Duquesa ¿y hoy,
porque me oyó, la desprecia?
Pues ese mismo desaire
temo yo que me suceda;
porque para mí hay mañana,
si hay hoy para la Duquesa.
Y mi desprecio está solo
en que oiga su ligereza
otra que cante mejor
y me deje a mí por ella.
Yo no he de fiar mi pecho
de voluntad tan ligera
que con una voz se muda,
que es el riesgo que más suena;
y de tan justo recelo
no se admire vuestra alteza,
porque la voz que le muda
es la que a mí me despierta.
Y antes que venga mi padre,
me dé para irme licencia;
que mi pecho él se la toma
de no admitir sus finezas.

DUQUE. Oid, Señora, esperad.

DUQUESA. No estoy aquí con decencia.

(Ap. Carlos ha de ser mi esposo,
pues logra en él mi belleza
inclinación y venganza;
y aunque el desaire me ofenda,
después de haber visto al Duque,
voy del desprecio contenta)
(Vase con Silvia.)

ESCENA VIII.

EL DUQUE, FENISA, LAURA, COLMILLO.

DUQUE. Oid vos.

COLMILLO. Esto es mejor.

FENISA. ¿Qué me manda vuestra alteza?

DUQUE. Le dijisteis a mi prima
lo que os dije?

FENISA. ¿Eso pudiera
habérseme a mí olvidado?

COLMILLO. (Ap. ¡Ay Dios, que la hace tercera
de sí misma!) Eso, Señor,
no tardó en saberlo ella,
mas que estotra en escucharlo.

DUQUE. ¿Sábeslo tú?

COLMILLO. Aquesa es buena;

fíate desta, Señor,
que es grandísima alcahueta.

DUQUE. Pues ¿qué respondió?

FENISA. Enojada
escuchó que tú la quieras,
por lo que yo te previne.

DUQUE. Pues ¿qué prevención es esa?

FENISA. La de aquella que te quiere,
que es dama que tanto aprecia
como a sí misma.

DUQUE. ¡Qué escucho!
¿Estáis hablando de veras?

FENISA. Pues ¿con vos he de burlarme?

DUQUE. ¡Hay locura como aquesta!

(Ap. a Colmillo. Oyes, aquesta criada
está hablando por sí mesma.)

COLMILLO. Luego ¿ella es la que te quiere?

DUQUE. Sí, y quiere que yo la quiera.

COLMILLO. ¡Que aquesta despilfarrada
a ti el respeto te pierda!

Cásala con un lacayo.

DUQUE. (A Fenisa)

Pues esa mujer ¿qué intenta?

FENISA. Si ella quiere, deseará
que tú te cases con ella.

DUQUE. (Aparte a Colmillo.)

¿Oyes esto?

COLMILLO. ¡Vive Dios,
que es muy grande desvergüenza!

Ya merece un barrendero.

DUQUE. (A Fenisa.)

Decidla, si eso desea,
que yo le propondré al Duque
su amor, y en correspondencia
haga ella esto con mi primo,
que podrá ser que la quiera.

FENISA. Pues decidle vos al Duque
que esta dama es tan soberbia,
que es posible, aunque después
el Duque llegue a quererla,
que no quiera ser su dama
la que él hace su tercera.

(Vase con Laura.)

ESCENA IX.

EL DUQUE, COLMILLO.

DUQUE. ¿Qué dices desto, Colmillo?

COLMILLO. Que el jubón se me revienta,
de risa, por los costados.

DUQUE. ¿Has visto cosa como esta?
¿Quién es aquesta criada?

COLMILLO. Yo bien la conozco, y era
su madre...

DUQUE. ¿Quién fue su madre?

COLMILLO. Quien dio a tu prima la tela,
y son hermanas de leche.

DUQUE. ¿Si es loca?

COLMILLO. Y este es su tema.

DUQUE. Mas mi prima ¿no es hermosa?

¿No es mejor que la Duquesa?

COLMILLO. ¡Jesús! más de palmo y medio.

DUQUE. ¿Puede acaso ser como ella,
aunque sea más hermosa?

COLMILLO. Eso es poner una vela
al lado de una bujía.

La Duquesa es algo fea,

al andar es desairada;

¿Reparaste en las caderas,
que levanta una más que otra?

DUQUE. ¿Cuándo?

COLMILLO. Al entrar por la puerta.

DUQUE. Pues ¿yo la vi?

COLMILLO. Así es verdad,

Que tú no estabas con ella.

DUQUE. Ni quiera amor que lo esté,

Como yo a mi prima tenga.

COLMILLO. (Aparte)

¿Puede haber más lindo chiste?

¿Qué hará el Duque cuando sepa

que la Duquesa y su prima

son entrambas de una pieza?

DUQUE. ¿Qué dices?

COLMILLO. Digo, Señor,

que si tú agora te cebas

con el sabor del conejo,

y te le engulles, no sea,

que cuando sepas que es gato

quieras volverle y no puedas.

DUQUE. Pues ¿cómo puede ser eso?

COLMILLO. Digo yo, si la Duquesa

te pareciese mejor.

(Ap. Mas; ¡que se me ha de ir la lengua!

Pero aqueste es el remedio.)

Federico.

DUQUE. Salte afuera.

COLMILLO. (Aparte.)

Si no me socorre el viejo,
toda la cuba revienta.

(Vase)

ESCENA X.

FEDERICO. - EL DUQUE.

DUQUE. ¿Federico?

FEDERICO. Gran Señor.

DUQUE. Tengo de vos una queja.

¿No sabéis vos, Federico,
que tengo yo sangre vuestra,
y que vos la tenéis mía,
y quien su valor desprecia
me ofende?

FEDERICO. Pues ¿quién es?

DUQUE. Vos,

que, obligado a engrandecerla,
sois quien la tenéis en menos.

FEDERICO. No he entendido a vuestra alteza.

DUQUE. Pues ¿vos no sois quien tenéis

en Milán la mejor prenda,
más digna de mi corona,
y os vais a buscar afuera
dueño para mi albedrío?

FEDERICO. ¿Qué prenda, Señor, es esa?

DUQUE. Vuestra hija.

FEDERICO. (Ap. ¡Ay Dios! ¿qué escucho?)

Pues ¿habéis llegado a verla?

DUQUE. Sí, que no bastan recatos

a amorosas diligencias;
su voz fue a mi amor el norte
con que descubrí mi estrella.

FEDERICO. ¿Qué decís? ¿No veis que es ya

vuestra esposa la duquesa
de Parma?

DUQUE. Lo que yo digo

es lo que es justo que sea:
mi esposa ha de ser mi prima.

FEDERICO. Señor, señor, las quimeras

de amor, efectos del gusto,
no son para anteponerlas
al honor; el vuestro está
empeñado en la Duquesa,
y el mío y el de Milán;
vuestra esposa ha de ser ella.

No imaginéis fantasías;
que razones como estas
más son de mozo que duque.
Permitidme esta licencia;
que estas canas son la nieve
con que ese fuego se templá.

DUQUE. Federico, esto ha de ser;
y porque en la resistencia
no perdáis tiempo, sabed
que mis bodas ya están hechas.

FEDERICO. ¿Hechas? ¿Qué decís, Señor?

(Ap. El cielo aquí me defienda;
que la Duquesa dirá
que yo, por lo que interesa
mi ambición, soy quien la engaña.
no es posible que lo crea;
que mi hija es muy mi hija,
y sin mí no se atreviera.)

¿Hechas vuestras bodas ya?
¡Dénme los cielos paciencia!
Mirad bien lo que decís.

DUQUE. Pues ¿no basta que yo quiera?

FEDERICO. ¿Cómo basta? No, Señor.

DUQUE. ¿No?

FEDERICO. No, con vuestra licencia;
que vos a errar no bastáis,
siendo yo quien os gobierna.

DUQUE. Pues ¿quién lo puede impedir?

FEDERICO. Vuestro honor, vuestra grandeza,
la razón y la justicia,
vos, que es una cosa mesma;
y yo, Señor, yo también;
que para cosas como estas
vos mismo me habéis de dar
contra vos la resistencia.

DUQUE. Pues no os la doy, Federico;
y os mando que me obedezca
vuestra lealtad, o lo hará
mi amor sin vuestra obediencia.

FEDERICO. ¡Jesús! Señor, ¿qué decís?

Este Mozo se despeña;
Dios me libre destos juicios.
Vuelva a saber vuestra alteza
que yo no le he de dejar
caer en tan grande afrenta.

DUQUE. Pues yo a vos vuelvo a deciros
que ha de ser, aunque no quieran

vuestras canas.

FEDERICO. Será eso
para que Milán se pierda.

DUQUE. Federico, reparad
que habláis conmigo, y ya es esa
osadía demasiada,
y sabré, si vos tenerla,
dar la mano a vuestra hija
y cortaros la cabeza.

FEDERICO. Mi cabeza está postrada
a vos por obligación,
y a cosa tan mal pensada
la bajará vuestra espada,
mas no vuestra sinrazón.

Y aunque os admire el oillo,
en esto, Señor, me cierro;
que yo no he de permitillo,
y obedeceré a un cuchillo
por no obedecer a un yerro.

La palabra es el primero
honor del hombre: está dada;
se ha de cumplir por entero;
porque ni aun de amor el fuero
la deja desobligada.

Que yo resista, Señor,
lo que mandáis no es muy justo;
mas no es vasallo traidor
quien es desleal al gusto
por ser leal al honor.

Quien os resiste es tirano
si en vuestra ofensa se muestra;
mas siendo en honor, yo gano,
porque es una mano vuestra
quien resiste la otra mano.

Con ella ha de ser la lid
que os digo y que os da sospecha;
que lo intente permitid;
y si lidian, advertid
que yo esgrimo la derecha.

Si me vence su porfía,
no cortaréis con la diestra
mi cabeza, y en tal día
la muerte podrá ser mía,
mas la afrenta ha de ser vuestra.

(Vase. Al propio tiempo llegan Carlos y Colmillo, que se detienen en el cancel de la puerta y hablan aparte.)

ESCENA XI.

CARLOS, COLMILLO. - EL DUQUE.

CARLOS. ¡Cielos, rara ventura!

COLMILLO. Señor, cabe primero lo que pasa.

CARLOS. La Duquesa la dicha me asegura
y conmigo se casa.

COLMILLO. ¿Sabes lo que hay de nuevo?

CARLOS. Nada saber procuro.

COLMILLO. Oye con Barrabás, pues yo me atrevo
a advertirte que aqueso no es seguro.

CARLOS. ¿Qué dices? Mas el Duque está presente;
yo le pido licencia.

COLMILLO. Hombre, detente;
que te vas a perder.

CARLOS. (Presentándose)

 Aparta, loco.

COLMILLO. Pues acuérdate de eso de aquí a un poco.

DUQUE. ¿Es Carlos?

CARLOS. El que ya tus plantas besa.

DUQUE. ¿Con qué acción os volviste a la Duquesa?

CARLOS. Señor, volví y la dije que tú estabas
tan malo, que su vista dilatabas

porque enfermo su alteza no te viera.

Mas ella lo tomó de tal manera,
que, o porque ha hecho aprehensión de su desprecio

o porque acaso de entre el vulgo necio

esta mormuración llegó a su oído,

de su desaire la venganza ha sido

favorecerme a mí; y soy tan dichoso,

que me quiere, Señor, hacer su esposo;

su mano quiere darme porque en ella

tenga mi suerte su feliz estrella.

Con su mano, Señor, tomar espero

mi estrella; tan feliz me considero,

pues porque suba yo a tomarla ufano,

es todo el cielo quien me da la mano,

pero siendo primero mi obediencia,

no la quiero lograr sin tu licencia,

y a pedírtela vengo, desto ufano.

DUQUE. ¿Que la Duquesa a ti te da la mano?

Y ¿párcele, Carlos, que es decencia

que yo para casar te dé licencia

con quien te ha parecido tan hermosa,

cuando vas a traerla por mi esposa?

CARLOS. Pues dejándola tú, ¿quién la pudiera
merecer más que yo?

DUQUE. Yo lo dijera

si tanto indicio no me hubiera dado
tu deslealtad; que haberte enamorado
desde ayer, que supiste que no es mía,
no puede ser; que es corto plazo un día
para concierto, que de atrás se infiere.
COLMILLO. ¡Qué! No, Señor; que ha mucho que la quiere
DUQUE. Carlos, yo vuestro pecho he conocido,
y aunque yo a la Duquesa no he querido,
bastaba que por mía ibais por ella,
para que, cuando os pareció tan bella
(Teniendo vos mi sangre, que es más feo),
fuese a los ojos pero no al deseo.
Más yo castigaré intentos villanos.
CARLOS. ¡Señor, viven los cielos soberanos...
DUQUE. No me habléis más en esto.
CARLOS. Ya es forzoso
pedir licencia para ser dichoso.
DUQUE. Si pudiereis volver a su presencia,
bien os podéis casar; yo os doy licencia.
(Vase)

ESCENA XII.

CARLOS, COLMILLO.

CARLOS. Cielos, ¡qué es esto que escucho!

¿Licencia me da, si puedo
volver a ver la Duquesa?

COLMILLO. Pues ¿qué has inferido de eso?

CARLOS. Que me lo quiere estorbar.

COLMILLO. Eso yo también lo temo.

El que te ha de embargar las mulas.

CARLOS. ¡Válgame el cielo! ¿Qué es esto?

COLMILLO. Pues ¿eso dudas ahora?

Veslo aquí cómo era bueno,
para hablar después al Duque,
haberme oído primero.

CARLOS. Pues ¿qué era lo que decías?

COLMILLO. ¿Agora quieres saberlo?

¿Qué ha de ser lo que se sigue,
después del asno estar muerto?

CARLOS. ¡No me dirás lo que ha sido?

Di, Colmillo, ¿qué hay de nuevo?

COLMILLO. De nuevo, Señor, no hay nada,
porque lo que hay es ya viejo:
que el Duque se ha enamorado
de la Duquesa.

CARLOS. ¿Eso es cierto?

COLMILLO. Así lo estuviera yo.

CARLOS. Pues ¿cómo ha sido?

COLMILLO. Dio en ello,
viéndola ahora en tu cuarto,
y su juicio está perdiendo;
digo el sentido, que el juicio
para el Duque, volaverunt.

CARLOS. Malas nuevas te dé Dios.

(Dale.)

COLMILLO. Y a ti te ablande los dedos
aunque sea a panadizos,
pues la cara me has deshecho;
¿piensas que estás amasando,
hombre del diablo?

CARLOS. ¿Qué es esto?

¡Que ya de mi voluntad
no es dueño mi entendimiento!
Y aunque quiera revocarla,
no he de poder, vive el cielo!
¿Cómo la vio o cómo pudo
enamorarse tan presto?
Dilo pues.

COLMILLO. Señor, el hombre
es fácil y pega luego.

CARLOS. Pues ¿supo que ella aquí estaba?

COLMILLO. No, Señor; que ese es el cuento.
Mas ellas vienen aquí
con tu padre.

CARLOS. Yo resuelvo
no darme por entendido,
y proseguir en mi empeño.

No digas que yo sé nada.

COLMILLO. Obedecerte prometo;
que ya saben mis hocicos
cómo son tus mandamientos.

ESCENA XIII.

LA DUQUESA. FENISA, FEDERICO - DICHOS.

FEDERICO. ¿Eso, Señora, ha pasado?

DUQUESA. Sí, Federico; él muy tierno
me tuvo por vuestra hija,
y me enamoro, y yo quiero
volverme, pues ya de verle
se me ha logrado el deseo,
y para casarme a gusto,
tengo ya elegido el dueño.

FEDERICO. (Aparte)

Cielos, ¡hay mayor ventura!

Todo aquí se me ha dispuesto
como yo lo deseaba;
pues el Duque, presumiendo
que era mi hija la Duquesa
se rindió a su rostro bello,
y por mujer me la pide;
con que yo en dársela luego,
quedo bien con la Duquesa
y con él, pues te obedezco.

FENISA. (Aparte)

Aunque yo estoy desairada,
buen fin tendrá mi desprecio
si la Duquesa se casa
con Carlos; ¡quíralo el cielo!

CARLOS. Ya, Señora, al Duque he hablado.

DUQUESA. Trata, Carlos, al momento
de disponer mi partida.

CARLOS. Y será con gusto nuevo,
pues para ser vuestro esposo
del Duque licencia tengo.

FEDERICO. Carlos, ¿qué es eso que dices?

CARLOS. Que ya la licencia llevo
para ser duque de Parma.

FEDERICO. Pues ¿cómo puede ser eso,
si el Duque se ha enamorado
de la Duquesa, entendiendo
que era mi hija, y me la pide,
y estoy loco de contento
de ver que con la Duquesa,
puedo lograr su deseo,
y cumplirla mi palabra?

DUQUESA. Es que yo agora no quiero,
que mujeres como yo
no se enamoran por ecos
de otras cuya voz los llama;
porque aqueso rendimiento
se debe a lo que imagina,
y no a lo que le parezco.

FEDERICO. ¿Qué es lo que dices, Señora?

FENISA. Pues Señor, ¿no es esto cierto?

Hace muy bien la Duquesa,
que él la enamoró, entendiendo
que era yo, porque de oírme,
lo estaba ya de mi acento;
y a ser yo vos, si de amor
a verle llegara muerto,
no admitiera sus finezas.

(Ap. Bien sabe Dios que yo miento;
mas porque me importa aquí,
hablo contra mi deseo.)

FEDERICO. ¿Qué estás diciendo, rapaza?

¿Quién a ti te mete en eso?

Vete de aquí.

FENISA. Yo, Señor,
digo que ha sido desprecio
de su hermosura.

FEDERICO. ¿Tú sabes
de amor, ni haces juicio en esto?

DUQUESA. Si ha visto el desprecio mío,
¿no es fuerza que ha de saberlo?

FENISA. Yo, Señor...

FEDERICO. Vete a tu cuarto.

FENISA. Sé el desaire.

FEDERICO. Éntrate adentro.

Vete luego. ¡Miren pues!

¿Qué sabe ella de desprecios?

FENISA. Ya me voy.

FEDERICO. Éntrate pues.

FENISA. (Ap. a la Duquesa.)

Señora, pues fue su intento
quererme a mí, no le admitas.

FEDERICO. Muchacha, ¿qué estás diciendo?

FENISA. Me despido.

FEDERICO. Vete pues.

FENISA. Va, Señor, ya te obedezco.

(Vase)

ESCENA XIV.

LA DUQUESA, FEDERICO, CARLOS, COLMILLO.

CARLOS. Señor, si el Duque a mi hermana
quiere, y le mueve su acento,
no es la Duquesa a quien ama.

FEDERICO. Pues ¿qué viene a importar eso,
si al verla fue su hermosura
la que llevó su deseo?

CARLOS. No es, Señor, sino la voz.

COLMILLO. Y yo soy testigo de ello,
porque a él lo habla enamorado
la voz, y aunque hallara dentro
un capón fuera lo mismo.

DUQUESA. Sea o no, ya es este empeño
de mi elección y mi gusto.

CARLOS. Y de mi amor, que no es menos,
para defenderlo ya.

COLMILLO. Y mío; que también quiero
a la Duquesa yo, en cuanto
haya lugar de derecho.

FEDERICO. ¿Qué decís, locos, osados,
atrevidos, sin respecto?

¿Tú has de osar poner los ojos
en las prendas de tu dueño?

DUQUESA. Si yo lo fuera, no diera
la licencia para ello;
pero habiéndosela dado,
puede Carlos y yo puedo.

CARLOS. Y con esta voluntad
resisto yo tus preceptos.

FEDERICO. ¿Qué es resistirlos, villano?
¿Tú hablas así? ¡Vive el cielo,
que te haga cortar al punto
la cabeza!

COLMILLO. (Aparte.)
Del proceso.

ESCENA XV.

UN CAPITÁN, CRIADOS. - DICHOS.

CAPITÁN. ¿Carlos?

CARLOS. ¿Qué es lo que queréis?

CAPITÁN. A que os deis a prisión vengo,
y a que me entreguéis la espada
por el Duque...

CARLOS. ¿Cómo es esto?

COLMILLO. Las mulas te han embargado.

CARLOS. (Aparte a Colmillo.)

Cielos, ya mi mal es cierto!
Sin duda el Duque sabía,
cuando vio su rostro bello,
que estaba aquí la Duquesa,
y la enamoró; y si es esto,
corre peligro mi vida.

COLMILLO. Pues pongamos tierra en medio.

CARLOS. (Al Capitán.)

Yo no he de darme a prisión.

COLMILLO. Ni yo me doy ni me presto.

FEDERICO. ¿Qué es lo que dices, traidor?

Entrega la espada luego.

¿Tú a tu dueño la resistes?

DUQUESA. (Deteniéndole.)

Federico, deteneos;

que Carlos no habla aquí ya
como vasallo a su dueño,

sino como mi marido.

FEDERICO. ¿Agora estamos en eso?

La espada ha de dar, Señora;
que ni lo es ni puede serlo.

Andad, Señor, dad la espada.

CARLOS. Por mi padre te obedezco;
que si no...

(Entrega a su padre la espada.)

FEDERICO. (Al Capitán.)

Aquesta es la espada;
tomad, Señor, vaya preso.
(Ap. Así remedio este daño.)

DUQUESA. Federico, ¿cómo es esto?

¿No atendéis a lo que digo?

FEDERICO. Señora, y ¡cómo que atiendo!

DUQUESA. ¿No veis que es mi esposo Carlos?

FEDERICO. ¿No veis que no puede serlo,
pues yo, a quien le está mejor,
soy quien lo está resistiendo?

DUQUESA. Pues sabed que yo del Duque
viendo el injusto desprecio,
con razón te he dado a Carlos
digno lugar en mi pecho;
que soy duquesa de Parma,
y armas y vasallos tengo.
Mirad si podré librarle,
pues ya conmigo le llevo.

(Vase.)

FEDERICO. ¡Jesús, qué extraña locura!

CARLOS. Señor, si ella...

FEDERICO. Calla, necio.

CARLOS. La Duquesa...

FEDERICO. ¿Qué duquesa?

CARLOS. Lo quiere.

FEDERICO. Llevadle luego.

CARLOS. Pues ¿no lo oyes?

FEDERICO. Que es en vano.

No puede ser, vaya preso.

(Vase.)

CARLOS. Cielos, ¡qué intenta mi padre!

COLMILLO. Que no quiere verse suegro.

Jornada tercera.

Salón del palacio.

ESCENA I.

EL DUQUE, CAMILO, FEDERICO.

FEDERICO. En mí no habrá resistencia,
Señor, a vuestro poder;
mas yo no me he de vencer.

DUQUE. Pues, Federico, ¿es violencia
honraros con mi poder?
¿Tan mal acaso os están
los blasones de Milán,
que despreciáis su corona?

FEDERICO. (Aparte)
Esto es cautelarme aquí;
que si él tiene a la Duquesa
por mi hija, no me pesa
de que me la pide a mí,
mas palabra no he de dar;
cásese él sin mí con ella,
que no dirá, al conocella,
que yo le pude engañar.
Y con esta confianza
a la Duquesa detengo
en mi cuarto, y la entretengo
con una vana esperanza.
Enamore su desdén
el Duque, si es que se abrasa;
que si ella con él se casa,
todos quedaremos bien.

DUQUE. Federico, ¿qué decís?
¿Hemos de ser enemigos?
Ahora bien, seamos amigos.

FEDERICO. Si tanto me persuadís,
será forzoso que os diga
que es mi hija, gran señor,
quien resiste vuestro amor.

DUQUE. Si la obediencia la obliga,
como vos se lo mandéis,
no creo yo de su obediencia
que quiera hacer resistencia.
Vos excusaros queréis
con ella por más decente.

FEDERICO. Antes, Señor, no porfío
en violentar su albedrío,

porque sé que es obediente.

DUQUE. Pues eso es decirme a mí,
que lo solicite yo.

FEDERICO. Ni puedo decir que no,
ni quiero decir que sí.

DUQUE. Pues desde hoy será mi empleo
solicitar su hermosura.

FEDERICO. Si vuestro amor lo procura
(Ap. Eso es lo que yo deseo),

Me lográis dos atenciones:

una, que si ella os amó

sin mí, no dirán que yo

fomento estas sinrazones;

porque en caso tan violento,

ya que os lleva la pasión,

podré daros permisión,

pero no consentimiento.

Otra, que si ella os admite,

nunca dirá su beldad,

que forcé su voluntad

que al daño mayor compite.

Obligad vos su hermosura

sin mí, que no es tan violento.

(Ap. Si así se logra mi intento,

no quiero mayor ventura.)

DUQUE. En pago de esa fineza,

que agradezco, Federico,

ya otra ventura os publico,

que no os da menos grandeza..

A Carlos perdono yo

por vos: idle ya a librar,

que luego se ha de casar

con la Duquesa.

FEDERICO. Eso no.

(Ap.¿Con la Duquesa? Por Dios,

que ibamos bien aviados.)

Señor, los mozos osados,

que no os respetan a vos,

castigarlos es muy bien;

pague en la prisión su exceso.

DUQUE. ¿Qué decís?

FEDERICO. Que está bien preso,

y castigado también.

¡Carlos loco se enamora

de mujer que juzga ajena!

Par Dios, que la haríamos buena

si le soltasen ahora.

DUQUE. Ya eso queda muy atrás;
yo le soltaré sin vos.

FEDERICO. Eso, no, Señor, por Dios,
que no nos faltaba más.

El favor que ahora pretendo,
es que no me le soltéis.

DUQUE. Pues si voz eso queréis,
por ahora lo suspendo.

FEDERICO. Sí, Señor, no deje rastro
su osadía a otros así.

CAMILO. (Aparte)
Pensando estoy entre mí
si es este padre o padrastro;
pues contra su beneficio,
de que sea su hija duquesa
y su hijo duque le pesa.

¿Los querrá poner a oficio?

DUQUE. Federico, allí parece
que va mi prima; dejad
que la hable yo.

FEDERICO. Pues lograd
la ocasión que se os ofrece.

(Ap. Ya no hay cosa que me aflija,
pues sin tener parte en nada,
ya la Duquesa empeñada
está en fingirse mi hija.

Enamore su desdén,
y allá se lo haya con ella;
que si él no puede vencella,
Con entrambos quedo bien.

Ríñanse ellos sus duelos;
Voyme pues, que temo aquí
Que me han de pegar a mí
su locura estos mozuelos.)

(Vase.)

ESCENA II.

EL DUQUE, CAMILO; luego LA DUQUESA y LAURA.

CAMILO. Señor, ¿es esta tu prima?

DUQUE. Esta es quien me quita el alma.

CAMILO. Muy hermosa es, pero yo
aténgome a la criada.

DUQUE. ¿No ves que con su hermosura
es su voz la que me arrastra?

CAMILO. Pues ¿qué haremos de tu amor
si esta mujer se acatarra?

DUQUE. Calla, que sale.

(Sale la duquesa de Parma y Laura.)

DUQUESA. (Aparte a Laura.)

Sin Carlos

no quiero volver a Parma,
y hasta que yo haya salido
de Milán, es fuerza, Laura,
que esté en nombre de Fenisa.

LAURA. El Duque está aquí.

DUQUESA. El me cansa
con el nombre.

DUQUE. Prima mía,

esperando la mañana
en vuestros ojos estoy;
que hasta que en ellos el alba
sale, para mí no hay día.

DUQUESA. Si eso vuestra alteza aguarda,
muy presto anochecerá,
mas la duquesa de Parma
le volverá a amanecer.

DUQUE. Con esa desconfianza
ofendéis vuestra hermosura.

(Ap. Fingiré, por obligarla,
que la he visto.) Y para daros
de mi amor nuevas fianzas,
yo he visto ya a la Duquesa;
y no sólo no os iguala,
mas va della a vos lo que hay
de la gracia a la desgracia.

DUQUESA. ¿Vos la habéis visto? Y ¿adónde?

DUQUE. Venía a verme disfrazada,
y yo la salí al encuentro;
no me ha parecido dama,
ni vi en mi vida mujer
más tosca ni desairada.

DUQUESA. Pues ¿en qué traje venía?

DUQUE. El traje no es circunstancia;
que la hermosura descubre
en cualquier traje la gracia.

LAURA. (Aparte a la Duquesa.)

¿No es esto bueno, Señora?

DUQUESA. (Ap. Y en mí es la mejor venganza
darle a entender que lo creo.)

¿Que tan fea es la de Parma?

DUQUE. No os lo podré encarecer.

DUQUESA. Vuestra noticia es extraño
para mí; que su hermosura
cuantos la han visto me alaban.

DUQUE. Pues han tenido mal gusto;
si no es que en mí sea la causa
estar hecho a ver la vuestra
y la afea la ventaja.

Con que no podéis decir,
para no estimar mis ansias,
que no es mi amor elección.

DUQUESA. No, pero diré que falta
la voluntad de mi padre
para poder estimarlas.

DUQUE. Antes agora mi tío,
hablándole yo, esta causa
remite a vuestra elección.

DUQUESA. Pues si él, Señor, eso manda,
de que será vuestra prima
vuestra esposa os doy palabra,
con que vos hagáis por ella
dos cosas.

DUQUE. Saberlas falta,
sólo para obedecerlas.

DUQUESA. Bien fáciles son entrambas;
soltar a Carlos es una,
otra, darme la palabra
de no estorbar que se case
con la duquesa de Parma.

DUQUE. Entrambas os las concedo,
y para cumplirlas, llama (ACamilo.)
a Carlos, venga aquí luego.

CAMILO. Harélo como lo mandas.
(Vase)

ESCENA III.

LA DUQUESA, LAURA, EL DUQUE.

DUQUE. Ya estáis vos obedecida.

DUQUESA. Y vos lo estaréis sin falta
de mi palabra también.

DUQUE. ¿No alentará mi esperanza
un favor vuestro?

DUQUESA. Eso no;
que favores de la dama
que espera ser mujer propia,
al mismo que los alcanza,
mientras dama favorecen,
y en siendo mujer agravian.

DUQUE. La respuesta es como vuestra,
y como mía la demanda.

DUQUESA. Después la estimaréis más.

(Hablan aparte Lauro y la Duquesa.)

LAURA. Señora, ¿qué es lo que tratas?

DUQUESA. De empeñar aqueste necio,
pues él mintiendo se engaña.

LAURA. Pues ¿cómo ha de ser? Mas Carlos
viene.

DUQUESA. Disimula y calla.

ESCENA IV.

CARLOS, COLMILLO. - DICHOS.

CARLOS. Sólo para obedecerte
vuelvo, Señor, a tus plantas
rendido. (Ap. Pero ¡qué miro!
Murieron mis esperanzas;
¡Ay de mí! ¿Aquí la Duquesa?
¿Qué es esto?)

COLMILLO. (Aparte a Carlos.)

Que está casada,

¿No se lo ves en los ojos?

DUQUE. Para que a casarte vayas
tienes ya licencia, Carlos.

CARLOS. ¿Adónde, Señor?

DUQUE. A Parma;

y a la que delante tienes
agradece aquesta gracia.

CARLOS. A ti primero, Señor;
beso mil veces tus plantas,
y después al dueño mío
daré en los brazos el alma.

DUQUESA. Carlos detente; ¿qué dices?

CARLOS. Que de mi amor en las aras,
el corazón, dueño hermoso,
que es tuyo...

DUQUE. Carlos, aparta.

CARLOS. ¡Válgame el cielo! ¿Qué es esto?

COLMILLO. (Aparte a Carlos)

Señor, que aun dura la danza;
vuelve presto la tortilla,
que se quema.

CARLOS. (Al Duque.)

Yo le daba

el justo agradecimiento.

DUQUE. ¿No hay más decentes palabras?

CARLOS. Esto, Señor, son cariños
que estilo yo con mi hermana.

DUQUE. Pues sabed que es ya mi esposa,
y por Duquesa, tratadla

ya como a señora vuestra,
porque la he de dar mañana
la mano.

CARLOS. (Aparte a Colmillo.)

¿Qué es lo que escucho,
Colmillo?

COLMILLO. Cayó la trampa
y te ha cogido la mano.

CARLOS. (Al Duque.)

Si mi padre, que es quien manda
mis acciones, viene en ello,
vuestra prima es vuestra esclava.

DUQUE. Voy a que os dé la licencia.

Y tú, Carlos, pues te casas,
ésta que ves es mi esposa;
olvida ya que es tu hermana. (Vase.)

ESCENA V.

CARLOS, COLMILLO, LA DUQUESA, LAURA.

CARLOS. (Aparte a Colmillo.)

¡Ay, Colmillo! yo soy muerto,
aquí acabó mi esperanza.

COLMILLO. (Aparte)

El Duque se la comió,
como la vio bien guisada.

CARLOS. ¡Ay de mí!

DUQUESA. Carlos, ¿qué es esto?

¿Tú suspiras, cuando aguarda
Parma en ti su digno dueño,
y yo a que conmigo partas
a ser rey de mi albedrío?

CARLOS. Pues viendo tú lo que pasa,
¿cómo piensas que ser puede?

DUQUESA. ¿Eso dudas? Luego trata
de disponer mi partida,
y esta noche me halle el alba
tan lejos ya de Milán,
que no me alcance en sus alas
del Duque el necio deseo.

CARLOS. ¡Hay desdicha más extraña
que ofrecerse esta ventura
a mano que no la alcanza!

COLMILLO. Si tú te encoges, Señor,
¿cómo quieres alcanzarla?

Pesia mí, ponte en puntillas,
y si no alcanzas, alarga.

CARLOS. Yo soy infeliz, Señora,

y mi suerte es tan tirana,
que para darme estas penas,
me dio aquellas esperanzas.
Yo fui por ti para el Duque,
y su aprehensión engañada
no vio en su imaginación
lo que vio luego en tu cara.
Cuando él dejó tu hermosura
por esta o por otra causa,
tuvo lugar mi lealtad
de amarte sin ser tirana.
Mas estando enamorado
de ti, y viendo yo sus ansias,
burlar yo su sentimiento
fuera delito y infamia.
El primer lugar en ti
tiene su amor por mil causas,
mis esperanzas cabían
en el que el Duque dejaba;
él le ha ocupado, Señora:
con que ya es fuerza que salgan,
porque aunque quieran quedarse,
sin respeto ha de arrojarlas.
Cuando algún príncipe va
por algún paso, su guarda
despeja, y el que está al paso
se quita, o ella te aparta.
Esto me sucede a mí,
pues cuando yo en él estaba,
entrar veo por tu pecho
al Duque pidiendo plaza.
Sus guardas son mis respetos:
pues ¿de qué sirve esperarlas,
si cuando yo no me aparte,
me han de despejar las guardas?
Yo no puedo resistirle,
pues si mi lealtad bizarra
se le ha de rendir de humilde,
mas vale morir de honrada.
Engañar yo su deseo
no es digna acción de mi fama;
que no se excusa la muerte
cuando la vida es tirana.
Y mira si en mi nobleza
fuera esta culpa bien clara,
pues estando yo tan ciego,
puedo ver que fuera mancha.

Ya él te quiere, y en quererle
dos glorias juntas te aguardan:
una, el perdonar su yerro,
y otra agradecer sus ansias.
Lógrele pues, y tú fina
quíerele... Mas tal no hagas;
no le quieras, pese a mí,
que eso es arrancarme el alma.
Admítele, pues es fuerza,
y si tú quisieras, ama,
Sin que yo te lo aconseje;
que para ser leal basta
perderte sin que te pida
que le quieras, si te agradada;
que no debo yo al respeto
poner cuchillo y garganta.
DUQUESA. ¿Qué dices, Carlos, qué dices?
Pues ¿no sabes que ya el alma
está resuelta a quererle?
CARLOS. ¿Qué importa si mi desgracia
me deja incapaz, Señora,
de lograr dicha tan alta,
sabiendo que te ama el Duque?
DUQUESA. El Duque a mí no me ama,
porque él dice que me quiere,
pensando que soy tu hermana.
CARLOS. ¿Qué importa el yerro del nombre
si él la persona señala,
y dice que a ti te adora?
DUQUESA. Ser injuria de mi fama,
y no querer yo admitirle,
cuando con tu amor me agravia.
CARLOS. A mí no me toca eso,
sino respetar la dama
de mi dueño, y no atreverme
a cometer esta infamia;
porque, aunque estés ofendida,
cuando yo por ti lo haga,
no será mi culpa ajena
por ser tuya la venganza.
Faltar al Duque es traición
y agraviar su confianza;
faltarte a ti es grosería;
y siendo culpas entrambas,
de traidor u de grosero,
con mi dueño o con mi dama,
yo escojo la grosería

por no incurrir en la infamia.
DUQUESA. ¿Qué decía? ¿Grosero vos?
Pensáis vos que la villana
osadía permitiera
mi enojo sin castigarla?
Vos no podéis ser grosero,
no os doy yo licencia tanta;
que a serlo, vuestro delito
excediera mi venganza.
Vos sois desdichado y necio,
en que de gloria tan alta
sois incapaz: desdichado,
necio, en no saber lograrla,
y por desdichado y necio
os dejo en vuestra desgracia;
que para un necio el perderme,
es el castigo que basta.

(Vase.)

CARLOS. Escucha, Señora, espera.

LAURA. Carlos, la ocasión es calva;
pasando el copete, toda
la calavera es pelada.

(Vase)

ESCENA VI.

CARLOS, COLMILLO.

CARLOS. Oye, Laura, espera, escucha.

COLMILLO. ¿Qué ha de oír? Pese a mi fama,
que he estado aquí reventando.

CARLOS. ¿De qué?

COLMILLO. ¿Que un hombre con barbas
pregunte eso? Pues oírte

¿para reventar no hasta?

Pues ven acá, hombre del diablo,

¿tienes juicio? ¿tienes alma?

Que no hiciera eso un hereje.

CARLOS. Pues ¿cómo puedo acetarla?

COLMILLO. Ven acá, hombre del demonio:
si ella te ruega, ¿qué aguardas?

¿No te da aquí su corona
una duquesa de Parma?

ESCENA VII.

FENISA, LAURA. - DICHOS.

FENISA. Carlos.

CARLOS. Fenisa, ¿qué dices?

FENISA. Pues ¿cómo agora desmayas

en tu amor, cuando te ofrece
la suerte dicha tan alta?

La Duquesa está resuelta
a partirse luego a Parma;
que ni el Duque ser quiere,
ni tuya; porque enojada
de ver tu tibieza, ahora
me ha contado lo que pasa.
Y al decirme su desprecio,
a los ojos se asomaban
las perlas mal resistidas
de su ofendida templanza;
que como habían menester
mucha atención sus palabras,
por ver lo que me decía,
no vía lo que lloraba.

Ve, Carlos, que estás a riesgo
de perderla si te tardas.

(Ap. No temo yo su peligro,
sino el que a mí me amenaza.)

CARLOS. ¡Ay Fenisa! ¿Qué he de hacer?

FENISA. ¿Qué has de hacer? Desenojarla.

CARLOS. Y ¿si ella quiere vengarse,
y no quiere?

FENISA. ¿Eso reparas?

Porfiar, hacer finezas,
Y llorar si esto no basta;
que ella se vendrá a rendir;
que las mujeres que aman,
cuando resistan el ruego
es porque dure la instancia;
porque en nosotras no hay gusto,
cuando estamos enojadas,
como que nos rueguen mucho;
que es el regalo del alma.

CARLOS. Y ¿si no hasta todo eso?

COLMILLO. ¿Hay tal darle, si no basta?

CARLOS. Pues yo voy.

COLMILLO. Anda, babera.

CARLOS. Temeroso voy.

COLMILLO. ¿Qué aguardas?

CARLOS. Ayúdame tú a vencerla.

COLMILLO. ¡Pensé que al enamorarla.

CARLOS. Anda, loco.

COLMILLO. Pues ¿qué piensas?

También a eso te ayudara.

(Vase con Carlos.)

ESCENA VIII.

FENISA, LAURA.

FENISA. Laura, ya mi corazón
no lo puede resistir.
Incendio esta pasión;
si no cesa la ocasión
del desaire, he de morir.

LAURA. Pues tú ¿qué sientes, Señora?

FENISA. Amor es, Laura, mi mal.

LAURA. Pues ¿con qué ha crecido ahora?

FENISA. Por instantes empeora
este accidente mortal.

El amor, no solamente
nace de la perfección,
que enamora dulcemente;
que si nace esta pasión
del desprecio, es más ardiente.

Siempre quieren más al dueño
los que despreciados son;
porque ya a los que desdeño
los arrastra el desempeño
de su desestimación.

Yo, que me veo despreciada,
ardo más en mi pasión,
y ya está el alma empeñada
en ser del Duque adorada
por dar la satisfacción.

Mas si me llegase a ver
querida dél, ¡vive el cielo!...

LAURA. ¿Qué es lo que habías de hacer?

FENISA. Hacerle el juicio perder
con este mismo desvelo.

En rabia y pena mortal
le pusiera mi desdén;
Mas ¡ay Laura! No haré tal,
porque es este mucho mal,
y yo le quiero muy bien.

LAURA. Sepa el Duque, aunque esté ciego,
que es, Señora, tu belleza
la que canta; y, sin tu ruego,
si él no te adorare luego,
perderé yo la cabeza.

FENISA. Ay Laura, que en mis enojos
ya es la causa más atroz,
porque piensan mis antojos
que la Duquesa en sus ojos

le ha olvidado de mi voz.
Lo que causa la aprehensión
es inclinación precisa;
mas ya otros efectos son,
porque es más que inclinación,
la que él la tiene.

ESCENA IX.

LA DUQUESA. - DICHAS.

DUQUESA. Fenisa.

FENISA. ¿Qué es lo que mandas, Señora?

DUQUESA. Ya mis intentos no tienen
mas salida que mi ausencia:
el Duque casarse quiere
conmigo.

FENISA. (Ap. ¡Ay de mí! ¡Qué escucho!
¡Mortal estoy!) ¿De qué suerte?

DUQUESA. Él fue a pedirle a tu padre
que a ti por mujer le diese;
y tu padre, como sabe
que soy yo la que él entiende
que es su prima, vino en ello;
con que al instante resuelve
darme la mano de esposo.

FENISA. Y ¿tú, Señora, lo quieres?

DUQUESA. Por agora no, Fenisa:
que el desaire que padece
mi hermosura he de vengar
yéndome a Parma; y si él fuere
siguiéndome muy rendido,
cuando en Parma a verme llegue
desengañado y amante,
podrá ser que te desprecie.
Y así, luego he de partirme.

FENISA. (Ap. ¡Ay cielos, que aquesto tiene
peligro, si el Duque ruega,
de ir a parar en mi muerte!)
Pues ¿Carlos, señora mía?

DUQUESA. Ya ni aun el nombre me acuerdes
de hombre, que fue tan grosero;
que hasta su nombre me ofende.

FENISA. (Ap. ¡Ay triste! Esto va perdido;
fingir aquí me conviene
por mi hermano una fineza.)
¡Ay Señora, si le vieses
ahora, aunque fueras bronce,
te enternecieras de verle!

Llegó a mí, muerto y turbado,
con el labio balbuciente,
quitándole a las palabras
la mitad en lo que siente.
Me dijo: «Fenisa, hermana.
por noble un hombre no pierde;
yo he enojado a la Duquesa
por tener respetos fieles.
Aquí me dejó sin alma;
que de sus ojos pendiente,
en la escarpia de sus iras
me la llevan sus desdenes.
Que la maltrate por mía
no es lo que mi pena teme;
pero va la suya en ella,
y el mismo riesgo padece.
Por mí intercede, Fenisa,
y si ablandarla no puedes,
dila que aparte la suya,
y de la mía se vengue.
Háblala, dila mi pena;
y si acaso no te atreves,
dime lo que he de decirla,
con que mi yerro se enmiende.
Tú sabrás esto mejor,
porque a lo que más las mueve,
sin esta experiencia, nacen
enseñadas las mujeres.»
Yo le dije que a pedirte
perdón al instante fuese,
y te hiciese rendimientos;
y él, resuelto a enternecerte,
dijo: «Yo voy a decirla
que el no querer ser aleve...
Mas no es este buen principio;
que el Duque... Peor es este;
que el temor... Mas este es yerro;
que el alma... si yo... si fuese...
Que estoy muerto, que mi vida;
que su enojo...» Y finalmente
lo que pensaba decirte
entre lo que duda y teme,
sin acabarlo ninguna,
lo empezó más de mil veces;
hasta que en un tierno llanto,
hechos sus ojos dos fuentes,
prorrumpió, volviendo el rostro

para que yo no le viese.
Llorando se fue, Señora,
y su llanto no merece
que ejecuten la sentencia,
que le han dado tus desdenes.

(Ap. No lo he fingido muy mal,
y es mucho si no lo cree,
porque también yo he llorado
por fingir más vivamente.)

DUQUESA. ¿Qué es lo que dices, amiga?
¿Que lloró?

FENISA. Tan tiernamente,
que me dejó enternecida.

DUQUESA. Y a mí también me entenece.

FENISA. (Aparte.)

¡Jesús! Pues si yo supiera
que no estaba tan rebelde,
no encendiera tanto el fuego;
que con menos lumbre hierve.

DUQUESA. Y ¿dónde se fue, Fenisa?

FENISA. Pues ¿qué, Señora, le quieres?

DUQUESA. Pues ¿no merece su llanto
que mi favor le consuele?

¿No merece que le alivie?

FENISA. Y ¡cómo que lo merece!

Mas ¿te casarás con él?

DUQUESA. Aunque el mundo lo impidiese,
ha de ser.

FENISA. Dios te lo pague.

Pues por aquestas mercedes
beso tu mano, Señora.

DUQUESA. ¿Tanto tú me lo agradeces?

FENISA. Por mi hermano. (Ap. Mas Dios sabe
que es porque al Duque me deje.)

DUQUESA. No sólo ha de ser mi esposo,
pero lo he de hacer de suerte,
que él quede bien con el Duque
por su lealtad. Mas él viene;
disimula.

FENISA. Pues, Señora,
ya que tu disinio es ese,
no favorezcas al Duque.

DUQUESA. Mientras que por ti me tiene,
¿no es forzoso?

FENISA. No, Señora;
que hermocean los desdenes
a las damas cuando esperan

que han de ser propias mujeres.
DUQUESA. Mira que sale.

ESCENA X.

EL DUQUE. - DICHAS.

DUQUE. Señora,
ya no queda inconveniente
que pueda estorbar mi dicha:
vuestro padre ya os concede
licencia, para que vos
hagáis dichosa mi suerte.

LAURA. (Aparte.)

Antes ciegues que tal veas.

FENISA. (Aparte.)

Yo vendré a ser la que ciegue
con los celos que me da.

DUQUESA. Señor, si mi padre quiere,
yo os cumpliré la palabra
que os di.

DUQUE. Pues ahora puede
vuestro favor alentarme.

FENISA. (Aparte a Laura.)

¡Laura, grande empeño es este!

DUQUESA. ¿Qué favor decís, Señor?

DUQUE. El de permitir que bese
la estrella de vuestra mano.

FENISA. (Aparte a Laura.)

¡Ay, Laura, si se la diese!

LAURA. ¡Jesús! No hará tal.

DUQUESA. Las damas
como yo, Señor, no tienen
Manos hasta que se casan.

DUQUE. Pues ya que eso ser no puede,
el de mirar vuestros ojos,
sin que avara me los niegue
vuestra esquivez, pido sólo.

DUQUESA. ¿Puedo yo negaros ese?

DUQUE. Pero ha de ser más de espacio;
sentaos, porque yo me siento.

DUQUESA. Sea muy enhorabuena.
(Se sientan.)

FENISA. (Aparte a Laura.)

Laura, ¡que á ver esto llegue!

Yo estoy perdiendo el sentido.

LAURA. Señora, pues tú lo quieres,
ten paciencia.

FENISA. ¿Qué es paciencia?

Que estoy tal, que he de perderme.

DUQUE. Señora, de vuestros ojos
un dulce veneno bebe
mi corazón, que mi ardor,
cuanto más bebe, más quiere.

FENISA. (Aparte.)

Había de ser el veneno
el que yo deseo que fuese.

DUQUESA. Si mi voz os ha debido
ese afecto tan ardiente,
no creo yo que son mis ojos
los que a tanto ardor os mueven.

DUQUE. Vuestra voz movió el deseo
de veros, mas fue accidente;
que al veros, en vuestros ojos
tomó la forma que tiene.

FENISA. (Aparte a Laura.)

¿Ves, Laura, como mi voz
no es ya lo que él apetece,
sino sólo su hermosura?

Pues esta mujer ¿qué tiene
más que yo? Mírala, Laura,
que hará que me desespere.

LAURA. Señora, que no te iguala.

DUQUESA. Y ¿si acaso yo no fuese
la que canta?

DUQUE. ¿Qué decís?

DUQUESA. ¿No pudiera fácilmente
ser una criada mía
la que cantaba?

DUQUE. (Ap. Ella quiere

examinar mi fineza,
que yo estoy bastante
seguro de que ella canta.)

Si yo antes eso supiese,
no buscara la ocasión
de veros; más ya no puede
revocarse mi cariño,
porque en mi pecho le enciende
vuestra divina hermosura.

FENISA. (Ap. Ya no hay remedio que espere,
ya yo estoy desesperada,
pues a la venganza apelen
mis enojos.) Vamos, Laura.

LAURA. ¿Dónde vas?

FENISA. (Aparte a Laura.)

A que me venguen

de una injuria y de un desprecio.

LAURA. ¿Quién, Señora?

FENISA. Mis desdenes.

(Vase con Laura.)

ESCENA XI.

EL DUQUE, LA DUQUESA; luego, FENISA, dentro.

DUQUESA. (Aparte.)

No es posible encarecer
lo que me alegro de verle
enamorado de mí;
porque el desaire que siente
el alma de su desprecio,
satisfago de esta suerte,
y porque luego el castigo,
cuanto él mas fino estuviere,
me dará mayor venganza.

(Suena un instrumento.)

DUQUE. Oid, ¿qué instrumento es este?

DUQUESA. Alguna de mis criadas
será, que así se divierte.

(Levántase el Duque al oír a Fenisa.)

FENISA. (Canta dentro.)

Tiernas lágrimas derrama
Fenisa llorosa y triste;
bien se venga en lo que llora,
si las pierde el que las pide.

DUQUE. (Aparte y yendo hacia donde suena la voz.)

¿Qué escucho? ¡Válgame el cielo!

Esta es la voz que suspende
mi sentido, y aquí a todos
los sentidos enmudece.

DUQUESA. (Ap. ¿Qué miró? Estando conmigo

se va el Duque desta suerte
tras los ecos de la voz?

Aunque el desaire no ofende
mi grandeza, pues no sabe
quien soy; y aunque no le quiere
mi pecho, por mi hermosura
he sentido que me deje,
y es ya empeño el arrastrarle.)

Pues, Señor, ¿tanto os divierte
la música, que no veis
que estáis conmigo?

DUQUE. Lléveme

de alguna imaginación.

(Ap. Yo erré, enmendarlo conviene;

que he desairado a mi prima.)

Perdonadme, porque siempre
la música me arrebata.

DUQUESA. (Ap. Yo quiero favorecerle
para vengarme.) Sentaos.

DUQUE. (Aparte)

¡No es bueno; que me parece
menos bien ahora que antes!

DUQUESA. ¡Qué talle tan diferente
tiene el hombre que se mira
corno a dueño!

DUQUE. ¿De qué suerte?

DUQUESA. Desde que sé que sois mío,
vuestro brío me suspende.

DUQUE. (Aparte.)

¡A buen tiempo, vive el cielo;
que si ella da ahora en quererme,
es todo lo que me falta!

¿Qué es esto que me sucede?

DUQUESA. Volved acá; ya no cantan.

DUQUE. (Aparte.)

Acabóse, esto se viene.

(Siéntase, cantan, y vuélvese a levantar.)

FENISA. (Canta dentro.)

No está lejos de que llore
quien de sus ansias se ríe;
porque la risa y el llanto
uno en otro se despiden.

DUQUE. (Aparte.)

¡Vive Dios, que estoy corrido
que a mí este engaño me hiciesen!

¿Quién puede ser la que canta?

Sin mí estoy; ¿qué engaño es este?

DUQUESA. (Ap. Lo que me sucede a mí

es peor, y no lo siente
mi amor, sino mi respeto;
porque aunque él saber no puede

que yo la Duquesa soy,
lo que mi hermosura pierde,
no lo deja de perder

por no ser lo que parece.)

Eso, Duque, ya es faltar
a lo que a mí se me debe.

¿Cómo es esto? Estando vos
conmigo, ¿nada os divierte?

¿Será, Duque, que no sois
digno del bien que os promete

en mi mano la fortuna?
Y aunque era el bien aparente,
y no cierto, os le ha quitado
porque le perdáis dos veces.
Ni aun merecéis mi apariencia;
y si no hablo claramente,
guardad esto para cuando
podáis mejor entenderme.
(Vase.)

ESCENA XII

EL DUQUE; luego, FENISA.

DUQUE. ¿Qué es esto? ¡Válgame el cielo!

Esto a nadie le sucede,
yo he de perder el sentido.

Mas el instrumento vuelve;
por ver quién es, me retiro;
que aquí parece que viene.

(Sale Fenisa, y pasa cantando por delante del Duque.)

FENISA. (Canta.)

Cuando sepa a quién desprecia,
quererla será posible,
y que vengue sus desprecios
la que agora los permite.

DUQUE. (Ap. ¿Qué es lo que miran mis ojos?)

La criada es la que canta;
a los pies de mi pasión
se ha caído toda el alma.)

Oid, Señora.

FENISA. ¿Qué mandáis?

DUQUE. ¿Vos de mi prima criada
no sois?

FENISA. Con mucha ventura.

DUQUE. No, sino mucha desgracia,
pues os quita vuestro estado
alguna dicha más alta.

FENISA. ¿Qué dicha?

DUQUE. Pudiera ser;
mas esto no es de importancia.

(Ap. Bien conocí su hermosura
cuando la vi.)

FENISA. (Aparte)

Albricias, alma;
que yo me vengaré ahora.

DUQUE. ¿Cómo vos cuando yo entraba
a preguntaros ahora
la que cantó a las ventanas

de ese jardín, me engañasteis?

FENISA. Mi señora es la que canta,
pero yo canto también.

DUQUE. Pues yo por vos preguntaba.

FENISA. Y ¿qué dicha es, Señor, esa
que no me viene por alta?

DUQUE. La de que si fuerais vos
mi prima, como pensaba,
os diera yo la corona
de Milán; mas la del alma
os daré.

FENISA. Y ¿quién os ha dicho
que, aunque sea yo criada,
me faltará a mí altivez
para dejarlas entrambas?

La del alma, que os parece
a mí más acomodada,
me viene a mí muy pequeña,
aunque me juzgáis tan baja;
ni la de Milán, tampoco
sin mi gusto os acetara;
que yo, antes que la cabeza,
quiero coronar el alma.

Para dama soy yo mucho,
y aunque sea vuestra vasalla,
dadle licencia a mi honor
de tener esta arrogancia.

¿Qué es dama? ¡Viven los cielos!

Mas vuestra alteza no habla
conmigo en este sentido;
y si de casarse trata
y me quiere hacer duquesa,
no es para mí dicha tanta.

Mas esto no porque yo
no soy digna de lograrla,
sino porque, si se acuerda,
le dije que a riesgo estaba
de que la que hacía tercera
no quisiese ser su dama.

Y ahora que sé que me quiere,
para cumplir la palabra,
no quiero yo, y ponga aquesta
a cuenta de las pasadas.

(Vase.)

ESCENA XIII.

EL DUQUE; luego, COLMILLO.

DUQUE. Bien airoso me ha dejado;

¿Hay novela mas extraña
que la que pasa por mí?

(Sale Colmillo.)

COLMILLO. ¡Bien urdida va la danza,
Señor!

DUQUE. ¿Qué dices, Colmillo?

COLMILLO. Que la duquesa de Parma
está en Milán.

DUQUE. ¿De qué suerte?

COLMILLO. Ella, viéndose irritada
de desgracia, se vino.

DUQUE. Sólo esto ahora me faltaba
para perder el sentido.

Colmillo, la que cantaba
en el cuarto de mi prima,
¿no era ella?

COLMILLO. Si no me engañan.

DUQUE. Pues ¿cómo yo he visto ahora
cantar aquí a la criada?

COLMILLO. ¿Qué dices?

DUQUE. Que ella salió
cantando aquí a la guitarra.

COLMILLO. De esa suerte, ya has sabido
cómo la prima era falsa.

DUQUE. Yo no he reparado en eso.

COLMILLO. (Ap. Pues si no, buena le aguarda.)

Pues la criada, Señor,
ya sé yo que es la que canta.

DUQUE. ¿Cómo?

COLMILLO. Porque la oí un día
cantar la zamarrandrana,
que es un tono tan funesto,
que entristecerá las almas.

DUQUE. Pues ¿cómo no me avisaste?

COLMILLO. ¿Yo? Pues si tú en eso dabas,
¿le he de quitar yo a tu prima
la buena voz, que es su fama?

DUQUE. ¿Qué es esto? Yo estoy corrido.

COLMILLO. (Aparte.)

Ahora la Duquesa encaja.

ESCENA XIV.

CAMILO. - DICHOS.

CAMILO. En palacio, Señor, ha entrado ahora
la duquesa de Parma.

DUQUE. ¿Cómo ha sido?

CAMILO. Todo Milán lo ignora,
porque ella de secreto se ha venido.
DUQUE. ¡Vive el cielo, que estoy desesperado,
y no tiene remedio mi cuidado!
CAMILO. Ya acá entra.
COLMILLO. (Aparte.)
Ella es linda ensalada;
¿qué hará en viendo la prima destemplada?

ESCENA XV.

LA DUQUESA, CARLOS, DAMAS. - DICHOS.

DUQUESA. Ven, Carlos, a mi lado.

CARLOS. Eso deseo.

DUQUE. ¡Qué miro! ¿No es mi prima esta que veo?

DUQUESA. No soy, sino la duquesa

de Parma; y si acaso vos
me tenéis por vuestra prima,
engaño es vuestro, Señor.

Y no vengo a daros quejas
de tan ciega sinrazón
como habéis hecho conmigo;
que solo a pedirlos voy
que me cumpláis la palabra
que os pedí.

DUQUE. ¿Palabra yo?

DUQUESA. De que sea Carlos mi esposo.

DUQUE. Eso no haré yo a un traidor,
falso, aleve y desleal,
que me ha engañado con vos.

CARLOS. Tened, Señor; que vos mismo
sólo sois quien se engañó,
y vos mismo sois testigo
de que delante de vos
la daba, como a mi dueño,
las gracias de mi perdón;
y vos la hicisteis mi hermana,
a lo cual calló mi voz,
porque ignoré vuestro engaño.

COLMILLO. Lo mismo me hiciera yo.

DUQUE. Pues, Carlos, si eso es así,
¿Quién es mi prima?

ESCENA XVI.

FENISA, FEDERICO. - DICHOS.

FENISA. Yo soy.

FEDERICO. Esta, Señor, es mi hija.

DUQUE. Albricias doy a mi amor,

y a Carlos le doy licencia
para casarse con vos;
como todos a mi prima
por mí pidáis el perdón
de no haberla conocido,
para dar la estimación
que debía a su hermosura.

FEDERICO. Eso a ella le está mejor,
si merece el favor vuestro.

FENISA. Y yo digo que le doy,
no el perdón, sino la mano.

DUQUE. Dichoso con ella soy.

DUQUESA. Pues, Carlos, dame los brazos.

CARLOS. Y en ellos el corazón.

COLMILLO. Pues con esto y con un vitor
dichoso fin tendrá hoy
este caso, en que se ve
lo que puede la aprehensión.

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la
[Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el
siguiente [enlace](#).

